

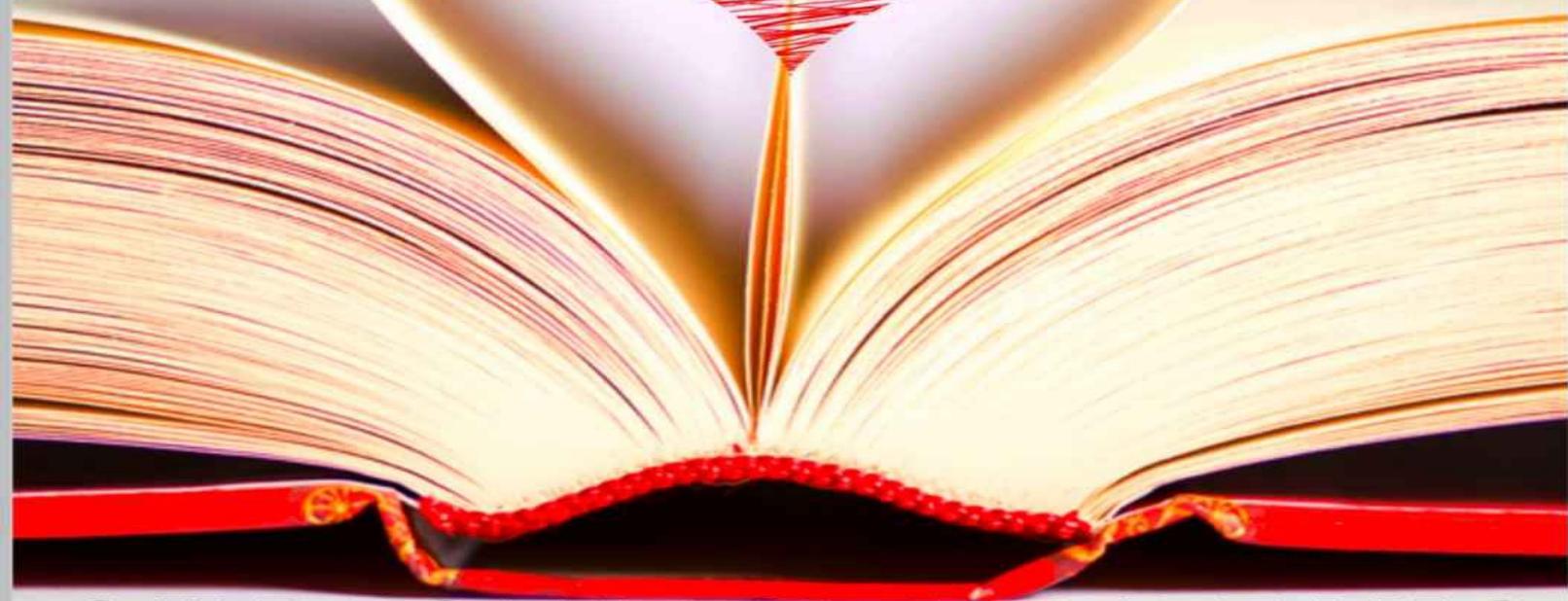
EL

CHRISTIAN
MARTINS

LIBRO

DE

Jobyers



EL
LIBRO DE
Joe Byers

CHRISTIAN MARTINS

EDICIÓN AGOSTO 2019

RESERVADOS TODOS LOS DERECHOS. QUEDA RIGUROSAMENTE PROHIBIDA, SIN LA AUTORIZACIÓN ESCRITA DE LOS TITULARES DEL COPYRIGHT, BAJO LAS SANCIONES ESTABLECIDAS POR LAS LEYES, LA REPRODUCCIÓN PARCIAL O TOTAL DE ESTA OBRA POR CUALQUIER MEDIO O PROCEDIMIENTO, INCLUIDOS LA REPROGRAFÍA Y EL TRATAMIENTO INFORMÁTICO, ASÍ COMO LA DISTRIBUCIÓN DE EJEMPLARES MEDIANTE ALQUILER O PRÉSTAMO PÚBLICO.

COPYRIGHT © 2019 CHRISTIAN MARTINS

"...«¿Y qué has aprendido
después de tanto dolor,
de tantas traiciones?»
Y yo le respondí
«Aprendí a siempre sonreír»..."

Delirios de un corazón roto
Blaster

Para todas mis lectoras, que están ahí día a día, apoyándome siempre. No sé qué sería de mí sin su cariño y aliento. Gracias por cada mensaje que me escribís, por vuestros ánimos y por cada sonrisa que me sacáis al otro lado de la pantalla.

Espero que, una vez más, disfrutéis de este viaje junto a mí. También tengo que dar las gracias a mis queridísimas administradoras Ana y Vane. Pasan los días, los meses y los años, y ahí siguen, al pie del cañón. Gracias por estar en lo bueno y en lo malo (pero sobre todo, gracias por estar en lo malo).

Con todo mi cariño,

Christian Martins

1

Me siento en la esquina seca del banco y observo al frente sintiéndome taciturna. Hace frío y no para de llover a pesar de que el calendario ha dado el pistoletazo al comienzo del verano varios días atrás. Atribuyo mi mal humor a las intensas lluvias que arrasan con Alnmouth, o al menos me esfuerzo por auto-convencerme de que ésa es la razón de mi constante frente fruncida y de mis pocas ganas de charlar con la gente. Sí, es por culpa del mal tiempo. Que Lena, mi hermana pequeña, haya recibido una carta en la que se le comunica que ha sido aceptada en la universidad de Oxford y que, además, dispondrá de una beca que cubrirá los gastos de su estancia en el campus, no tiene absolutamente nada que ver. No, señor. ¿Por qué va a amargarme una noticia tan buena? Todo lo contrario, me alegro mucho por mi hermana pequeña.

El autobús se para frente a mí.

Suspiro hondo y hago un esfuerzo por borrar cualquier tipo de preocupación de mi cabeza antes de subirme en él. Saludo a Simon, el conductor, y me dirijo a mi asiento habitual, que está situado al fondo del pasillo a la izquierda. En los últimos años ésta ha sido mi rutina diaria, sin variaciones. Despertarme, discutir con Lena y aguantar las regañinas de Marcy — mi otra hermana, la mayor — , desayunar una tostada con frambuesa y un zumo de naranja e ir a la biblioteca a trabajar.

El autobús se detiene en la Plaza Vieja, donde está situada la biblioteca en la

que yo trabajo. Los habitantes de Alnmouth aún están durmiendo y solamente unos pocos madrugadores se dejan ver por las calles. Me dirijo al puesto ambulante de Madeleine.

— Buenos días, Ali. ¿Lo mismo de siempre? — pregunta, girándose hacia el puchero mientras mueve las caderas al son de una canción de The Bangles que resuena en su radio portátil. Como siempre, Madeleine tiene sintonizada la emisora de radio de los ochenta.

Sonrío al instante, contagiándome de su buen humor.

Ni el peor de los días consigue borrarle la sonrisa a esta mujer.

— Buenos días — saludo de vuelta, apoyándome sobre la caravana — . Sí, lo de siempre.

Observo cómo llena los dos vasos de plástico con su espeso chocolate casero y, mientras tanto, saco un billete y lo deposito sobre la ventanilla. La mujer me tiende los dos vasos.

— ¿No llegas demasiado pronto?

Me encojo de hombros.

— Me desperté antes de que sonase el despertador y en casa no tenía nada mejor que hacer — miento descaradamente.

— Siempre hay algo mejor que hacer cuando uno habla de trabajar.

— No en mi caso — aseguro, despidiéndome de ella con un guiño de ojo — . ¡Hasta mañana!

— ¡Hasta mañana, Ali!

Subo al tercer piso del edificio colonial que está situado en el centro de la

plaza. Aquí está mi lugar de trabajo; la biblioteca de Alnmouth.

Miro el reloj y compruebo que aún es demasiado temprano y que, para cuando Finn llegue, su chocolate ya estará congelado. Menos mal que tenemos un microondas junto a la cafetera. Finn es mi compañero de trabajo; tiene dos años menos que yo y es uno de los chicos más inteligentes que he conocido en mi vida. Supongo que le cogí cariño nada más conocerle y descubrir su historia, porque de algún modo me recuerda demasiado a mí misma.

Me siento en la butaca que hay junto al ventanal y, con la mirada perdida en el exterior, me bebo a pequeños sorbos mi chocolate caliente. Puedo permitirme este ratito de paz y tranquilidad porque aún faltan más de cuarenta minutos para mi hora de entrada y más de una hora para que abramos las puertas de la biblioteca.

“Lena va a ir a Oxford”, me recuerdo a mí misma, torturándome. Resoplo mientras una lágrima silenciosa se desliza por mi mejilla. La retiro de un manotazo y me regaño a mí misma por sentir tantos celos. Es mi hermana pequeña. La quiero con todo mi corazón y debo alegrarme por ella. El problema es que añoro demasiado aquellos años en los que yo fui universitaria. Aquellos años en los que vivía sin preocupaciones y dedicaba las horas a los estudios, a los chicos y a disfrutar de la vida. Por desgracia, cuando mamá enfermó todos esos sueños se quedaron atrás y tuve que regresar a casa y olvidarme de terminar la carrera. Supongo que por entonces era una niña egoísta que no comprendía demasiado bien la gravedad del asunto pero, aunque desde entonces tan solamente han transcurrido tres años, me ha tocado madurar a la fuerza y ver la realidad de un modo muy diferente a la que la veía entonces.

Todavía recuerdo la llamada de Marcy. Yo estaba en mi habitación, escuchando música con el chico con el que acababa de empezar a salir. Mi

compañera de cuarto nos había dejado a solas y sospechaba que aquella tarde compartiríamos algo más que cuatro húmedos besos. Mi hermana mayor me llamó al móvil mientras nos dábamos el lote sobre mi cama. Como me lo estaba pasando bien, opté por ignorar la primera llamada. Pero insistió y, mal humorada, terminé respondiendo. “Tenemos problemas en casa, Ali, tienes que regresar”.

Por teléfono no quiso explicarme gran cosa, pero cuando llegué a Alnmouth todo cayó sobre mí como una jarra de agua fría: “mamá tiene cáncer y el seguro no cubre su tratamiento”, “no podemos seguir pagando tu universidad”, “todos tendremos que aportar y trabajar”... Fue duro. Fue muy duro dejar de ser una niña y tener que espabilar en unos pocos meses. Pero supongo que la que peor lo pasó entonces fue Marcy. Papá dejó de trabajar y dedicó su tiempo al completo a cuidar de mamá o hacerle compañía mientras estaba en el hospital. Por aquel entonces yo le culpaba muchísimo y le recriminaba que hubiera dejado de pagarme los estudios, pero después comprendí lo importante que fueron aquellos meses para él. El amor de su vida se moría y lo único en lo que pensaba era en estar a su lado cada segundo que le restase. Y así fue. Yo empecé a trabajar en la biblioteca, Marcy trabajó día y noche, turnándose entre una cafetería y un restaurante del pueblo, y Lena... Lena siguió con su vida. Era demasiado pequeña para ponerse a trabajar y su inocencia no le permitía ver lo mucho que todos estábamos sufriendo. Lena, mi hermanita, siempre ha tenido una sorprendente capacidad para vivir en su mundo imaginario, lejos de los problemas ajenos.

Y así he llegado hasta aquí.

Ahora mamá ya no está, pero todavía tenemos un enorme préstamo que nos concedió el banco para poder pagar su tratamiento y papá aún no ha terminado de asimilar su pérdida. Supongo que la vida no es tan fácil como en las novelas románticas que tanto me gusta leer.

¿Suena fatal, verdad? Que solamente os hable de todo lo que ha quedado después de su marcha. En realidad, podría contaros que mi madre era la mujer más dulce que jamás he conocido, que tenía los mismos ojos verdes que Lena, el mismo carácter gruñón que Marcy y, según dicen, el mismo cabello cobrizo que yo. Le gustaba el mar tanto como me gusta a mí. Y comer chocolate. También adorada cantar en la ducha y todos los domingos ponía la música a pleno volumen para hacer limpieza general en el hogar. Ella era nuestro pilar, la que daba sentido a nuestra familia. Y ahora ya no está... Y sí, la extraño cada día. Pero la realidad es que, durante su enfermedad, lo único que deseaba era que todo aquel sufrimiento acabase de una vez, que por fin terminase. Y ahora mismo lo único que deseo es que ese maldito agujero que el hospital nos hizo en la cuenta bancaria desaparezca, que papá vuelva a ser el de siempre, que yo pueda retomar mi vida donde la dejé y que Marcy pueda recuperarse de ese trastorno obsesivo - compulsivo que desarrolló cuando a mamá le diagnosticaron el cáncer.

Le doy otro sorbo al chocolate, que ya se ha templado por completo, mientras me pregunto a mí misma cómo diablos pagaremos la universidad de Lena cuando la beca del campus termine. Además, cada asignatura nos costará un riñón, y esa ayuda solamente cubrirá su estancia allí. Nada más.

— A ver si una de las tres termina sacándose la maldita carrera y hace feliz a papá — ha dicho Marcy, feliz, cuando Lena nos ha enseñado su carta de Oxford.

Sé que no puedo culpar a Marcy, porque ella es la que más se sacrifica por todos nosotros. “Quién la ha visto y quién la ve”, me digo a mí misma. Años atrás Marcy era, según mamá, una descerebrada. Cada vez que se metía en algún lío, mi padre refunfuñaba diciendo que tarde o temprano terminaría dándose de bruces con la realidad. La buena de Marcy — nótese la ironía —

dejó los estudios cuando aún estaba en el instituto para fugarse de casa con un novio macarra en un destartalado Ford. Su aventura no duró demasiado y, cuando ambos se quedaron sin dinero, regresaron a Alnmouth con el rabo entre las piernas y un “lo siento, no volverá a pasar” en los labios. Después empezó a trabajar de camarera en un club nocturno, y cada mañana nos la encontrábamos borracha y tirada en el jardín. Yo siempre fui la normal de las tres, y supongo que lo sigo siendo. Cuando mamá enfermó, la conducta de mi hermana mayor cambió radicalmente. Se transformó en una segunda madre para todos nosotros. Supongo que se sentía demasiado culpable por el sufrimiento que les había causado a nuestros padres durante los últimos años. Lena siguió en su mundo de fantasía, viviendo en su realidad paralela. Y yo... Bueno, yo aquí estoy.

— ¡Menudo susto me has dado, Ali!

Me giro para saludar a Finn que, como es costumbre, llega pronto.

— ¿Por qué? — pregunto, esforzándome por dibujar una sonrisa.

— Al ver que no estaba echada la llave he pensado que alguien se había colado dentro... Algún vagabundo, quizás.

— Hoy he salido pronto de casa — explico, señalando el chocolate — . Mira a ver si sigue caliente, anda.

Finn se quita la sudadera, la deja sobre el escritorio y coge el chocolate. Le da un sorbo y cierra los ojos, disfrutando del sabor.

— Está templado, como a mí me gusta.

Camina hasta la butaca y se sienta junto a mí.

— ¿Qué te pasa?

Le miro de reajo.

— ¿Por qué me tiene que pasar algo?

— Porque te conozco muy bien, Ali. ¿Me lo vas a contar?

Dudo unos instantes.

¿Me apetece hablar con Finn del asunto? ¿Me juzgará por sentirme celosa?

No, él no.

— A Lena la han admitido en Oxford — suelto.

— ¡Pero, Ali, eso es genial!

Sacudo la cabeza.

— Aún estamos pagando el préstamo... Así que para que ella pueda estudiar yo tendré que seguir aquí metida el resto de mi existencia.

— ¿Tu padre sigue sin encontrar trabajo?

“Tampoco lo está buscando”, me digo.

— Sí — suspiro, agotada, evitando entrar en detalles — . Te sonará muy mal esto que te voy a decir, pero...

Guardo silencio, sopesando si continuar.

— ¿Pero?

— Pero cuando regresé creí que, una vez todo terminase... — trago saliva para poder continuar — , ya sabes, cuando mi madre no... — resoplo sin encontrar las palabras — , creí que una vez todo terminase yo regresaría a la universidad y retomaría mi vida donde la había dejado. Pero no ha podido ser, en cambio Lena...

— Ha tenido la suerte de ser la pequeña — me dice, encogiéndose de hombros.

Me gustaría contradecirle, pero no puedo. Supongo que en parte, tiene razón. Ser la pequeña le ha dado más ventaja que a las demás.

— Oye, Ali... — me dice Finn, que se ha levantado de mi lado para ir sacando de las bolsas los nuevos libros que debemos informatizar — , ¿tienes planes para esta noche? — pregunta — , he visto en cartelera una película de amor, una de ésas que tanto te gustan.

— La verdad es que no tengo ganas de hacer nada — aseguro, levantándome de la butaca para poder ayudarle con la tarea que tiene entre manos. Odio sentirme como una inútil — . Otro día, quizás.

— Ya, vale...

Empiezo a sacar los libros, uno detrás de otro, hasta que uno de ellos me llama la atención. No es que tenga un título original o que la portada sea una pasada, es que está encuadernado en cuero, a mano. Abro la primera página y me sorprende comprobar que no hay ningún título. Está escrito a máquina, pero las páginas aún no han amarilleado, así que no puede ser muy antiguo. ¿Quién diablos sigue escribiendo a máquina en el siglo XXI? Encuentro el nombre del autor, Joe Byers, pero no doy con ningún dato acerca de la edición o editorial que puede haber impreso el libro.

— Mira esto, Finn — murmuro, pasándoselo.

Finn es un friki de los libros desde que era muy pequeño. Supongo que, en ese aspecto, somos tal para cual.

— ¡Vaya...! — murmura, impresionado — . Está encuadernado a mano — me explica, aunque hasta ahí ya había conseguido llegar yo — . ¿Cómo diablos

habrá terminado en la biblioteca?

Me encojo de hombros y me acerco más a él para inspeccionar el ejemplar de cerca.

— Es como si yo escribiera un libro, lo encuadernase y lo trajera aquí.

— ¿Eso es lo que crees que ha pasado?

Finn sonrío.

— Alnmouth es pequeño. ¿Conoces algún tal... Joe Byers?

Sacudo la cabeza en señal de negación.

— Puede que sea un pseudónimo.

— Puede ser.

Finn pasa la página y frente a nosotros aparece el primer capítulo. Desliza su dedo índice por encima de las letras que, sin duda, han sido plasmadas con una antigua máquina de escribir.

— Hay que ser muy romántico para escribir tantas páginas a máquina teniendo ordenadores.

Yo me río ante su comentario.

— Me encantan las máquinas de escribir — gruño, quitándole el libro.

— Por eso mismo lo digo — responde, propinándome un codazo juguetón — , eres el claro ejemplo de una persona demasiado romántica.

2

Por lo general, suelo abandonar la biblioteca antes que Finn para poder coger el autobús de las siete y cuarto, pero hoy me he entretenido recogiendo las mesas y se me ha hecho un poco tarde, así que cuando llego a la parada de autobús son las ocho menos veinte. Saco el teléfono móvil mientras espero y le mando un mensaje a Marcy avisándole de que llegaré tarde. No quiero que se preocupe inútilmente y tampoco me apetece discutir con ella por mi tardanza. Mi hermana mayor me responde de inmediato; “Vamos cenando. No llegues muy tarde, por favor”.

Es miércoles, y como todos los miércoles, Adam cena con nosotros. Adam es el novio de mi hermana. Se conocieron poco después de que mamá enfermase, así que podría decirse que el chico solamente ha conocido la versión formal — y paranoica — de mi hermana. Ambos tienen la misma edad, veintisiete años, y ambos viven con sus respectivas familias. Me pregunto cuándo diablos se marcharán a vivir juntos. Y ese pensamiento, a su vez, me lleva a plantearme qué será de nosotros el día que Marcy se independice; ¿podré mantener a Lena y a papá con mi sueldo? ¿Podré pagar las facturas, el préstamo y la universidad de Lena? ¿Necesitaré buscarme dos empleos como hizo Marcy mientras mamá estaba hospitalizada? Mi hermana puede llegar a ser odiosa, pero la verdad es que no sé qué sería de nosotros sin ella. La necesitamos.

Miro el reloj de mi muñeca; son menos diez y el autobús llega cinco minutos tarde. Escucho el murmullo de un grupo de voces en la lejanía e intento ubicar

su procedencia. Tres chicos caminan hacia mí, risueños, comentando un partido de fútbol con una cerveza en la mano. Los reconozco; son de mi generación. Bueno, en realidad, iban un curso por delante de mí cuando estudiábamos en el instituto. No recuerdo el nombre de dos de ellos, pero el tercero se llama Colin Newby. ¿Ya ha regresado a Alnmouth? ¿No se supone que este año era su último curso de universidad? Colin es... el chico más atractivo de todo Alnmouth. Es alto, musculoso, deportista, tiene los ojos azules, el cabello moreno, una mancha de nacimiento que parece un corazón en su mano derecha — justo encima de su pulgar — y cuando sonrío el mundo se detiene. O bueno, al menos mi mundo se detiene. Colin es el sueño de todas las chicas de Alnmouth. Su padre, el señor Newby, es el propietario del único bufete de abogados que hay en el pueblo y su familia posee la casa más grande y bonita de toda la localidad. Es perfecto, sí. Le miro, embobada, pero él no me presta atención. Camina dando sorbos a su cerveza mientras se ríe a carcajadas con sus amigos. Mientras tanto yo me imagino cómo podría ser mi vida a su lado: un par de años de noviazgo, casarnos en la iglesia del pueblo, heredar esa preciosa casa de su familia, tener dos niños asquerosamente guapos y ser felices el resto de nuestras existencias. ¿No suena mal, verdad?

— ¡Venga, tío!

— ¡Hasta mañana, Colin!

Me quedo mirando cómo se propinan un par de codazos a modo de despedida y, después, cada uno toma su respectivo camino. Casualidades de la vida, Colin se dirige hacia la parada de autobús en la que yo me encuentro. Avergonzada, aparto la mirada y saco el teléfono móvil para centrar mi atención en otra cosa y no quedar como la típica pardilla que pierde las bragas por él. Creo que no hay una sola chica en el pueblo que no esté loca y perdidamente enamorada de Colin Newby y ésa es la razón principal de que su

ego esté por las nubes. Escucho sus pasos aproximándose a mí e, inconscientemente, contengo la respiración. Nerviosa, observo la hora del reloj. Son menos tres minutos. ¿Dónde diablos se ha metido ese autobús? El sonido de sus pasos comienza a alejarse lentamente, así que levanto la mirada del teléfono y observo su espalda. Colin saca las llaves de su camioneta del bolsillo y comienza a hacerlas girar en su dedo índice mientras tararea el himno del equipo de fútbol local. Rodea el coche y, al hacerlo, me lanza una mirada fugaz. Sonrojada, agacho la cabeza. Colin deja de tararear la canción y el sonido de sus pasos se detiene. Trago saliva.

— He visto al autobús retenido en la calle general — grita, dirigiéndose a mí — , un imbécil ha aparcado en doble fila y ha taponado la calle.

Vuelvo a levantar la cabeza y le sonrío.

— Gracias por el aviso.

Colin me guiña un ojo y me devuelve la sonrisa. ¡Dios! ¡Tiene una sonrisa demasiado atractiva! Una de esas que salen en la televisión anunciando chicles y caramelos mentolados. Sumando su sonrisa, sus ojos azules y esa confianza que desprende en cada uno de sus movimientos, se me antoja tremendamente irresistible. Debo admitir que yo nunca he sido una chica poco agradecida; soy alta, de complexión normal, ojos castaños y mi pelo posee unas ondas innatas que me dan un aire sofisticado sin necesidad de tener que pasar por la peluquería. Nunca me he considerado fea, ni mucho menos, pero siempre he sabido que las chicas como yo no se juntan con los chicos como Colin Newby. Yo siempre he sido una buena estudiante y, ¿por qué no decirlo?, un ratón de biblioteca. En la universidad me reinventé un poco más a mí misma, pero durante mis años de instituto lo único que me interesó fue dedicar mi tiempo plenamente a los estudios para que la mejor de las universidades me abriera

sus puertas — y ya veis de qué me sirvió — . Por aquellos años Colin únicamente se interesaba por las animadoras y las chicas que iban un par de cursos por encima de él.

— ¡Eh, oye! — exclama, rodeando de nuevo la ranchera y acercándose a mí — . ¿Eres Alison, verdad? La hermana de Marcy.

¡Oh, no! ¡Tierra, trágame!

¿Cómo no había caído en la cuenta? Marcy es mayor, es guapa y antes era una fiestera empedernida. En otras palabras, cuando mi hermana era más joven, era guay. Colin y ella deben de conocerse desde hace muchos años.

— Sí, soy...

— ¿Te llevo? — me interrumpe, insistiendo — . Me pillas de camino.

La casa de Colin está justo en la otra punta de la localidad, así que me pregunto a dónde irá.

— Sí, vale... — murmuro, un tanto avergonzada.

¿De verdad Colin Newby se está ofreciendo a llevarme a casa? Supongo que después del mal día que he pasado procurando asimilar la buena nueva de Lena, me merecía que algo tan increíble me sucediera a mí. En mis veinticuatro años de edad no recuerdo haber cruzado una sola frase con él y, hoy, de repente, se ofrece a acercarme a casa. ¡Guau!

Recojo mi bolso del suelo y camino hasta él con una sonrisa nerviosa impresa en los labios. Cuando tiro de la manilla de la puerta, me tiemblan las manos y las piernas.

— Me extraña verte por aquí — me dice Colin con naturalidad, como si fuéramos viejos amigos que nos conociéramos de toda la vida — . ¿No deberías estar estudiando en la universidad?

Carraspeo, un tanto avergonzada, mientras él arranca la camioneta y acciona la primera marcha en la palanca de cambios. La cabina huele a perfume de hombre. Huele a Colin.

— La verdad es que dejé los estudios — explico mientras aspiro hondo para impregnarme de ese aroma tan... sexy — . Cuando mi madre se puso enferma, yo tuve que empezar a trabajar.

En Alnmouth todo el mundo sabe que mi madre murió de cáncer.

— Claro, es verdad — me dice, torciendo el gesto en una mueca de disculpa — , perdona, no quería meter así la pata.

— No pasa nada — murmuro, frotándome una mano contra la otra con nerviosismo.

— A veces no sé dónde tengo la cabeza... Lo siento mucho — insiste.

Ambos guardamos silencio durante unos segundos que, a mí, se me antojan eternos.

— Fui a su funeral... Fue precioso.

— Lo sé, te vi.

Sonrío de forma tímida y él me devuelve la sonrisa.

En el exterior ya ha anochecido por completo y parece que el clima está concediendo una pequeña tregua, porque ha dejado de llover.

— Oye, Alison, me parece muy maduro por tu parte lo de ayudar en casa... Ya me entiendes.

— Sí... Gracias, Colin.

Me recoloco un mechón rebelde del cabello detrás de la oreja y concentro mi

atención en la luna delantera para evitar que, de forma inconsciente, me quede mirándole fijamente y se me empiece a caer la baba.

— Yo regresé al pueblo el domingo pasado. He terminado con los exámenes y voy a hacer las prácticas en el bufete de mi padre... Ya sabes, hay que seguir con la tradición familiar.

Suelto una risita y asiento.

¡Vaya!

Colin Newby ha regresado a Alnmouth y, por lo que veo, tiene intención de quedarse un largo tiempo. ¿Debería saltar de alegría?

El coche se detiene frente a mi casa. Desde aquí puedo ver la mesa del comedor y a Lena y a Adam charlando animadamente mientras cenan. Una sombra en la ventana de la cocina me hace creer que, seguramente, Marcy estará preparando el postre para llevarlo a la mesa.

— Gracias por traerme, Colin. Ha sido un detalle por tu parte.

Le miro y sus ojos azules están clavados en mí. Me repasa de arriba abajo sin mucho disimulo mientras ensancha la sonrisa de sus labios.

— No me costaba nada.

Me sigo frotando las manos.

Me gustaría poder añadir algo ingenioso a modo de despedida, pero con él no me salen las palabras. Creo que Colin causa una especie de cortocircuito en mis conexiones neuronales.

— ¿Y a dónde vas ahora? Si no es indiscreción...

Colin frunce el ceño.

— A casa. Le prometí a mi padre que iría directo después del partido de

fútbol para que mañana no me costara madrugar — explica, risueño.

— Ya, claro...

Cojo mi bolso torpemente y tiro de la manilla para salir del coche. Me siento muy patosa, así que procuro concentrarme en cada pequeño movimiento que realizo para no tropezar con mis propios pies y terminar en el suelo.

— ¡Dale saludos a Marcy!

— Sí, claro... De tu parte.

Cierro la puerta y Colin vuelve a ponerse en marcha. Antes de irse, me dedica otra de esas irresistibles sonrisas que provocan que mi respiración se agite y que mi corazón lata a un ritmo desacompañado. Me quedo donde estoy unos instantes, observando cómo la camioneta azulada de Colin se pierde en la carretera.

— Un momento...

¿Ha dicho que se marchaba a casa? ¿De verdad ha rodeado el pueblo entero solamente para traerme hasta aquí? La sonrisa de tonta que tengo se vuelve inmensa y, sintiéndome de pronto de muy buen humor, cruzo el jardín para entrar en casa.

3

Como casi todos los miércoles, Adam se queda a dormir con Marcy y las horas de ver la tele se alargan hasta casi entrada la madrugada. Es una especie de tradición que ninguno de los dos varía a pesar de que al día siguiente ambos se despiertan cansados y ojerosos. Escucho de fondo la banda sonora de la película que están viendo abajo, así que me levanto para cerrar la puerta de la habitación y obtener un poco de paz.

— Ali...

Lena está plantada en el pasillo, mirándome fijamente.

— ¿Qué quieres, enana? — pregunto con apremio.

— ¿Estás enfadada por lo de la universidad?

Suspiro hondo y sacudo la cabeza en señal de negación.

— No, no estoy enfadada.

Ella me escruta de hito a hito, valorando si estoy siendo sincera o no. Y sí, estoy siendo sincera. Que mi vida no sea tal y como yo esperaba no tiene nada que ver con ella. Culparla de mis desgracias no tendría ningún sentido.

— Ven, anda, entra dentro.

Lena sonríe de oreja a oreja y se cuelga en el interior de mi habitación. Enciende la mini-cadena y después se deja caer en la cama de un salto. Me río mientras la observo coger el marco que tengo en la mesilla. De pronto, Lena me parece muy niña y me pregunto a mí misma qué será de ella el día que ni Marcy ni yo estemos para cuidarla. Papá tiene que espabilar. No es justo que continúe arrastrándose como un alma en pena mientras nosotras nos esforzamos por seguir con nuestras vidas.

—  La echas de menos? — me pregunta.

Katy Perry suena de fondo.

Me tumbo a su lado y contemplo la fotografía que tiene en sus manos. Lena deja caer sus piernas por encima de mi vientre y se junta más a mí.

— Claro que la echo de menos. Todos los días.

Esa fotografía me encanta. Somos nosotras; Lena, Marcy, mamá y yo. Estamos sentadas en el banco de madera del porche y Lena tiene una limonada en la mano. Es una de mis fotografías favoritas porque, entre otras cosas, salimos las cuatro.

—  Crees que se sentiría orgullosa de mí?

Trago saliva.

— Claro que s . Se sentiría muy orgullosa... Al igual que nosotros.

Lena me mira fijamente y sonríe.

— S  que te estoy fastidiando, Ali. Pero no es mi intención.

— Tranquila, siempre has sido un fastidio — bromeo —, ya estoy acostumbrada.

Mi hermana pequeña salta en carcajadas y me propina un golpe.

— ¿Puedo hacerte una pregunta?

Asiento sin dudar.

— ¿Si yo me pusiera a trabajar tú... regresarías?

— ¿A la universidad?

Lena asiente y yo niego rotundamente.

— Deja de pensar en esas tonterías. Mi tiempo ya ha pasado... Ahora te toca a ti. Y tienes que aprovechar esa oportunidad por mí, por Marcy, por papá y por ti.

Lena suspira, apoya la fotografía sobre su pecho y se queda mirando al techo unos segundos. Lena la soñadora. ¿En qué estará pensando?

— ¿Sabes? Rober me ha dicho que podré hacer una pequeña exposición de mis dibujos en su bar antes de que me marche a la universidad, después del verano.

— ¿De verdad? ¡Eso es genial, Lena!

Ella asiente.

— ¿En qué estás trabajando ahora?

Mi hermana pequeña tiene una imaginación desbordante, así que supongo que se pasa día y noche dibujando para poder sacar todas esas imágenes de su mente y no sufrir una sobrecarga cerebral.

— Lo verás en la exposición — me dice juguetonamente.

Le pellizco el brazo y la obligo a levantarse de la cama para que regrese a su

habitación, y yo vuelvo a quedarme a solas. Aunque a un volumen más moderado, todavía se escucha la televisión; lo que me dice que Marcy y Adam siguen despiertos. Suspiro hondo mientras la imagen de Colin reaparece en mi mente y vuelvo a sentirme como esa tonta quinceañera que resoplaba de amor cuando se cruzaba con él en los pasillos del instituto. ¿Hace cuánto que no salgo con ningún chico? Ya ni siquiera lo recuerdo. Y peor aún; ¿hace cuánto tiempo que no me acuesto con ningún chico? El último con el que compartí algo más que cuatro besos fue con ese chico de la universidad con el que estuve saliendo una temporada. Ha pasado demasiado. Años. Lo que me resulta realmente patético.

Supongo que no he tenido demasiado tiempo para pensar en esas cosas. Además, que en Alnmouth todos nos conozcamos no ayuda demasiado. Hay pocas opciones, o mejor dicho, ninguna. O al menos, no la había hasta ahora.

Me muerdo el labio inferior con nerviosismo y decido concentrarme en otra cosa más productiva para controlar estos desvaríos que estoy sufriendo. Me levanto de la cama, camino hasta el escritorio y saco de mi bolso el libro encuadernado que he cogido de la biblioteca. El libro de Joe Byers. Lo abro por la primera página mientras aspiro el aroma a cuero que desprende. El capítulo uno aparece sin previo aviso, sin un título predecesor, sin una nota de autor, sin ninguna pista sobre qué es aquello que estoy a punto de leer. Y me gusta. Pocas veces comienzo un libro sin saber de qué tratará o sin dejarme influenciar por el autor que está detrás de las solapas. De manera que, esta vez, estoy abierta a todo.

La historia comienza a recrearse en mi mente. El capítulo uno es una breve presentación de un chico que, en ciertos sentidos, me recuerda bastante a Colin Newby. Me río de mí misma al realizar dicha comparación y me digo que estoy comenzando a obsesionarme de forma muy peligrosa. Solamente hemos

intercambiado dos palabras y ya sueño despierta, ¡qué peligro! Casualidad, el protagonista de esta historia se llama Joe; es quien, además, narra lo que está ocurriendo de una forma autobiográfica. Todo comienza en su primer año de universidad, cuando Joe Byers comienza su primer año de medicina en Edimburgo. Ahora viene la parte que me recuerda a él; Joe es el típico chico guaperas que ha tenido siempre lo que ha querido — y a quien ha querido — . Un chico deportista. Guapo. Alto. Con ganas de comerse el mundo y con una vida muy prometedora por delante. Aunque a diferencia de lo que recuerdo de Colin cuando iba al instituto, en las primeras páginas del libro Joe sí era muy buen estudiante. Empiezo a conocerle a través de las palabras: Joe es amigo de sus amigos y un chico muy familiar. Se apoya en su padre y en su madre para tomar las decisiones más importantes, le gusta salir los sábados por la noche con Kevin, su mejor amigo, y aunque odia el amargo sabor de la cerveza, la sigue tomando porque es lo que la sociedad dicta a la hora de socializarse. Es un chico listo, con aspiraciones... Un chico que quiere tener lo mejor y que cree que todo está al alcance de sus manos.

«Entonces la vi. Nancy Williams paseaba por los jardines del campus sujetando una carpeta contra su pecho. Aquel día de principios de septiembre hacía calor, aunque los primeros vientos otoñales se habían despertado para agitar su falda y dejar al descubierto sus largas y perfectas piernas. Ella charlaba animadamente con una amiga sin ser consciente de que, desde no muy lejos, yo era incapaz de apartar los ojos de su silueta. Nancy Williams. Aún no sabía su nombre, pero no necesité más de unas horas para hacer unas cuantas preguntas y enterarme de quién era. Apoyé el casco sobre el manillar de la motocicleta y me quedé allí pasmado. Hipnotizado. Vestía un vestido verde de lunares blancos y llevaba su melena rubia atada en un sencillo recogido. Suspiré profundamente, convencido de que me costase lo que me costara, aquella chica terminaría concediéndome una cita. Os puedo asegurar que era

la chica más bonita que había visto en mi corta existencia...»

La televisión ha dejado de escucharse en el piso de abajo, así que supongo que Marcy y Adam por fin se han marchado a dormir. Miro de reojo el libro y me digo a mí misma que esa historia de amor promete. Sonrío y pienso que, quizás, este verano sea el verano definitivo.

Estoy desayunando una tostada con frambuesa mientras me bebo a sorbos mi zumo de naranja. Lena garabatea uno de sus dibujos en un bloc de notas y Marcy y Adam se hacen arrumacos para despedirse en el umbral de la puerta. Papá sigue en la cama. Pocas son las mañanas en las que saca la fuerza suficiente para bajar a desayunar con nosotras y decidir que, al menos por un día, procurará esforzarse para que las cosas cambien. Los médicos dicen que tiene depresión, pero a mi sincero parecer, eso no es más que una pantomima. Todos en esta casa echamos de menos a mamá y todos estamos tristes porque ya no esté entre nosotros, pero no dejamos que la vida pase por delante de nuestras narices mientras nos lamentamos por haberla perdido sin hacer nada para seguir adelante.

Cojo mi bolso y me levanto de la mesa. Me despido de Lena con un fugaz beso en la mejilla y paso de largo a los dos tortolitos fingiendo que no les he visto. Sí, a pesar de ser una romántica empedernida, considero que Marcy y Adam pueden llegar a ser insufribles.

Cuando salgo a la calle, el cielo de Alnmouth me saluda con un radiante sol sin nubes, totalmente despejado. Parece que, después de hacerse de rogar, por fin ha llegado el dichoso verano. Me encamino hacia la parada de autobús con mi pesado bolso colgado al hombro; he decidido traerme conmigo el libro de Joe Byers por si mi aburrida jornada laboral me concede un rato libre para poder retomar la lectura. He de admitir que sea quien sea el autor, no escribe

nada mal. Y después de tantos libros leídos, creo que puedo hablar con conocimiento de causa.

Simon, el conductor del autobús, llega puntual a la parada. Me saluda con su habitual simpatía y mientras él arranca, yo cruzo el pasillo hasta mi asiento de siempre. Diez minutos después, estoy dirigiéndome al puesto ambulante de Madeleine en busca de mi chocolate matutino.

— ¡Buenos días! — saludo, apoyándome sobre la barra.

Como siempre, la emisora de radio de los ochenta resuena de fondo.

— ¡Buenos días, preciosa! — me saluda Madeleine, tan de buen humor como siempre — . ¿Lo de siempre?

— Lo de siempre — confirmo.

De fondo está sonando “*girls just want to have fun*” de Cyndi Lauper. Cierro los ojos y dejo que las imágenes de los recuerdos que esa canción me evoca acudan a mi mente. Somos Marcy y yo con mamá, bailando en el salón mientras papá nos saca fotos y Lena ve los dibujos animados. Recuerdo que nuestra hermana pequeña no quiso unirse a la fiesta porque estaba enfurruñada conmigo. Mamá nos había dejado probarnos sus vestidos, ponernos sus tacones y pintarnos con su maquillaje, así que nos habíamos pasado la tarde entera entretenidas vaciando su armario. Lena se había enfadado porque yo había cogido su vestido favorito de mamá antes que ella, así que había decidido auto-marginarse e ignorar nuestras risas con la televisión a tope. Aún así, mamá había puesto la música mucho más alta que la televisión y nosotras bailábamos, divertidas, ajenas a su enfado. Incluso con nuestras pequeñas riñas familiares de por medio, recuerdo aquel domingo con un cariño especial.

— Aquí tienes, Ali.

Saco un billete y se lo dejo junto a la barra.

— Gracias... — murmuro, guiñándole un ojo.

— ¡Qué tengas un buen día!

— ¡Lo mismo! — grito, alejándome en dirección a la biblioteca.

Para cuando subo, Finn ya está arriba, preparando todo el papeleo y disponiendo el material antes de que abramos las puertas. Las tardes de junio suelen ser tranquilas y no hay mucho trabajo, cosa que yo agradezco. Como norma general, no tenemos más que unas pocas visitas de alumnos que han suspendido y acuden en busca de paz para preparar las recuperaciones de septiembre.

— Oye, ¿te has enterado de que mañana empiezan las sesiones de auto-cine del verano?

Niego mientras apuro un último sorbo del chocolate.

— ¿Y qué toca?

Recuerdo que, cuando era niña, solíamos ir todos juntos a las sesiones de cine para toda la familia. Como norma general, papá nos tenía prohibido comer cualquier tipo de alimento en el coche porque decía que destrozábamos su tapicería. Pero aquellas noches nos permitía ponernos moradas a palomitas y, al día siguiente, se dedicaba a recolectar aquellas que habían terminado debajo de los asientos sin rechistar.

— Toca terror. Creo que la noche va de zombis — me dice, estirando los brazos y fingiendo ser uno de ellos.

Le doy un codazo juguetón para que deje de hacer el tonto.

— Eres idiota — me río.

— ¿Te apetece ir? — propone — , podría pedirle el coche a mi tía y...

— Creo que paso de los zombis, Finn — le corto — , ya sabes que yo soy más de comedias románticas.

Por unos segundos, me parece ver una expresión de decepción en su rostro, pero rápidamente se transforma en una sonrisa antes de añadir un “otra vez será”.

A veces tengo la extraña sensación de que Finn espera algo más de nuestra amistad, pero creo que ya le he dejado bastante claro que no puedo darle otra cosa. Es un buen chico, pero no está hecho para mí. Además, creo que le considero una especie de hermano más, así que sería incapaz de ver cualquier tipo de atractivo sexual en él.

Pasamos la mañana tranquilos. No acude mucha gente y tenemos bastante tiempo libre. Al mediodía nos turnamos para salir a comer a la cafetería. Primero se marcha él, así que aprovecho para sumergirme en la lectura de Joe Byers y descubrir cómo diablos se desenvuelve el chico en sus primeros días de clases. Después, cuando Finn regresa, bajo a comerme un sándwich vegetal y mientras lo hago me siento ciertamente culpable por el chocolate en taza que me tomo cada mañana. Hay días que, a pesar de que no me apetezca, voy a pedirlo igualmente para poder saludar a Madeleine y no perder la costumbre. Pero para ser sinceros, tanto azúcar empieza a pasarme factura. No, no estoy gorda. En ese sentido, me considero una chica bastante normal; en algunas épocas del año peso un par de kilos más y hay otras en las que bajo de peso. Lo que sí que noto es que desde que dejé los veintitrés atrás cuando subo ese par de kilitos luego suele costarme más que antes bajarlos. ¿Me estaré haciendo mayor?

Le doy un sorbo a mi cola light mientras me digo a mí misma que a partir de ahora procuraré cuidarme un poco más. Es verano, así que agradeceré poder ponerme en bikini sintiéndome sana conmigo misma.

Cuando regreso a la biblioteca me sorprendo al encontrar a Lena charlando animadamente con Finn.

— ¿Qué haces aquí, enana? — saludo.

— ¿Acaso no puedo visitar a mi hermana? — refunfuña ella.

— Ha venido a buscar un libro de bellas artes — corta Finn, rompiendo la magia del momento.

— Ya sabía yo que no podías ser tan simpática... — bromeo, guiándola hacia la sección en cuestión.

Decide que se llevará unos cuantos libros sobre historia del arte a casa y, algo en mi interior, me dice que está comenzando a prepararse para su época de universitaria. Me río internamente recordando aquel verano pre-universidad y lo nerviosa que lo viví. Prácticamente ni salía a la calle de lo emocionada que estaba; me pasaba el día mirando el campus en fotografías de internet y repasando libros de las asignaturas que se impartirían en el primer trimestre.

Las horas pasan con rapidez y prácticamente no queda nadie en la biblioteca, así que Lena decide esperar a mi salida para que regresemos juntas a casa. Estamos a punto de echar el cierre cuando escucho la campanilla que resuena cuando se abre la puerta de la entrada y a Finn decir que “estábamos a punto de marcharnos”.

— ¡Oh, vaya! No quería molestar...

Reconozco la voz inmediatamente y se me congela la sangre en las venas. No

puede ser.

— ¿Colin? — inquiero, asomando la cabeza desde detrás de las estanterías.

Una irresistible sonrisa se ensancha en el rostro de Colin Newby y yo estoy a punto de caerme desmayada al comprender que me la está dedicando a mí. ¡Dios mío! Creo que mi desesperación está alcanzando límites peligrosos y que debería empezar a considerar esto como una obsesión real.

— Hola, Alison... Le decía a tu compañero que no quería molestar, así que mejor regreso mañana.

Niego rotundamente con la cabeza mientras salgo de los pasillos para acercarme a él.

— No te preocupes... ¿Qué estabas buscando?

Finn me fulmina con la mirada y Lena se ríe de mí, pero decido ignorarles.

— Estaba buscando... un libro — dice, encogiéndose de hombros con una risita nerviosa — . ¿Me recomiendas alguno?

— ¿Un libro? Ése no ha visto un libro ni en la televisión — se ríe Finn.

Gracias a Dios, está detrás de mí y parece que la única que le ha escuchado he sido yo. Si no ya estaría pensando en la forma más sutil de asesinarle.

— ¿Qué tipo de libro te apetece? ¿Una novela?

Colin asiente y da un paso hacia mí.

— Una novela estaría bien — me dice con esa sexy sonrisa — , algo que me entretenga.

— ¿Y qué te gusta? ¿Suspense, thriller, ciencia ficción?

— ¿Qué me recomiendas?

Su mano roza mi brazo y un escalofrío me recorre de pies a cabeza. Escucho la risita de Lena de fondo, pero me esfuerzo por ignorarla y concentrarme en el chico que tengo ante mí.

— ¿Algo de fantasía, quizás? Justo hoy he archivado algunos libros de Neil Gaiman...

Me doy la vuelta y, nerviosa, me infiltro entre las columnas de estanterías. Me digo a mí misma que desde que regresé a Alnmouth he perdido práctica en cuanto a flirtear con chicos se refiere. Estoy mucho más oxidada de lo que pensaba. Me dirijo a la sección de fantasía y busco alfabéticamente hasta llegar a la “g” de Gaiman. Estoy tan familiarizada con todos los libros que no tardo más de unos segundos en encontrar “American Gods”. Cuando me doy la vuelta para regresar, me choco de bruces con Colin y prácticamente pierdo el equilibrio. Por suerte, su acto-reflejo parece funcionar de maravilla y me sujeta firmemente por la cintura para que no me caiga al suelo. Me tiemblan las piernas. El aroma del perfume de Colin llega a mis fosas nasales y estamos tan cerca que puedo percibir su aliento en mi piel.

— Lo siento, Alison, no quería asustarte.

— No..., no pasa nada.

Aparta su brazo de mi cintura y me pide el libro para echarle un vistazo.

— Creo que te gustará — le digo mientras se lo entrego.

— Gracias. Estoy seguro de que sí — responde, justo antes de hacerse a un lado para dejarme pasar a mí primera — . Por cierto, Alison... ¿Sabías que mañana comienzan las noches de auto-cine?

— Sí, algo había escuchado...

Un cosquilleo revolotea en mi estómago.

¡Madre mía! ¿Va a pedirme una cita? Puede que esté oxidada, pero creo que mi intuición aún no ha muerto del todo.

— ¿Te apetece que vayamos?

— ¿Juntos?

¿Acabo de decir eso? ¿De verdad? ¡Menuda pregunta más absurda!

— Claro, juntos.

Asiento con la cabeza mientras vuelvo a sentirme nuevamente como aquella adolescente del pasado. Supongo que no importan los años que pasen y las relaciones que haya tenido hasta la fecha. Colin Newby siempre será capaz de revolucionar mis hormonas.

— Me parece estupendo — murmuro en voz baja, sonrojándome al instante.

— Genial. Entonces, ¿te recojo mañana? — pregunta, pasándose el libro de una mano a otra — , ¿a las ocho en tu casa?

— Bien — respondo con una sonrisa absurda.

— Bien, pues... Hasta mañana.

— Hasta mañana, Colin.

Me quedo observando cómo abandona la biblioteca y, cuando por fin se cierra la puerta, me giro hacia Lena y Finn. Mi hermana pequeña se está metiendo los dedos en la boca con un gesto de repugnancia y Finn me escruta con detenimiento y cara de pocos amigos.

— ¿No me has dicho que pasabas de las pelis de zombis?

Me muerdo el labio, entusiasmada, y sonrío.

— Finn... ¿Acabas de ver lo que ha ocurrido? ¡Colin me ha pedido una cita!

— Ya, claro... — murmura, cruzándose de brazos mientras va a recoger su cazadora del perchero — , ¿y por eso has dejado que se marche sin fichar la salida del libro?

Ignoro a Finn.

Creo que, a veces, su excesiva profesionalidad le lleva a ser insufrible.

— Colin te amo, eres mi amor... — empieza a cantar Lena, muerta de risa.

Yo le pego un codazo y, tirando de ella, la apremio para que salga de la biblioteca. Creo que hoy me iré a dormir sin poder borrarme la sonrisa del rostro.

El día siguiente lo paso sumida en un estado de histeria y nerviosismo. No soy capaz de calmarme hasta que, a las ocho en punto, la camioneta de Colin Newby aparece frente a mi casa. Para entonces yo ya le estoy esperando en el jardín. He tenido que salir de casa porque la insufrible de Marcy me estaba desquiciando con su excesiva preocupación. “No llegues muy tarde”, “avisa si tienes problemas”, “no bebas”, “no fumes”... Marcy y yo solo nos llevamos unos pocos años, así que considero que lo apropiado sería que me tratara como a su igual. Al fin y al cabo, ya soy una mujer hecha y derecha. A mi edad, papá y mamá ya se habían casado y habían comprado la casa a la que a día de hoy consideramos nuestro hogar. Pero, aún así, en ocasiones Marcy puede llegar a ser terrible. Creo que, en el fondo, tiene miedo de que yo cometa los mismos errores que ella cometió cuando era joven. Además, cuando he confesado que iría al cine con Colin Newby su rostro se ha descompuesto por completo, lo que me ha dado a sospechar que, quizás en el pasado, entre ellos pudo haber habido algo. La verdad es que tampoco me interesa.

Camino hasta la camioneta y me subo en el asiento del copiloto. Colin me saluda con un desenfadado “¿qué tal, Alison?” antes de poner de nuevo el coche en marcha. Va vestido con unos vaqueros de azul desgastado y una camiseta blanca que resalta el moreno que ha cogido estos primeros días del

verano. Está guapísimo. En realidad, él siempre está guapo porque es asquerosamente irresistible. De camino al auto-cine, Colin me dice que ha comprado algo de chocolate, chucherías, palomitas de bolsa y unas cuantas cervezas. He de confesar que la noche pinta muy bien; no llueve, la temperatura es cálida y la compañía inmejorable. Además, llevo años sin salir con nadie de esta manera. De vez en cuando quedo con Finn para ir a la playa o para dar un paseo por el bosque que hay junto a la bahía, pero no es lo habitual. Como norma general, desde que regresé a Alnmouth mi única prioridad ha sido la familia, así que no he dejado margen de error para amistades o ligues. Además, tras la muerte de mamá descubrí que hoy en día las verdaderas amistades escasean. Una vez dejé la universidad las que yo creía mis amigas no tardaron demasiado en olvidarme para poder buscarme otra sustituta.

— ¿Te gustan las películas de terror?

Me encojo de hombros.

— No me disgustan — miento en un intento ridículo de parecer una chica enrollada.

Pero no hay género cinematográfico que odie más. ¿Qué necesidad tiene el ser humano de sentarse delante de una pantalla a pasarlo mal? Eso de saltar por los aires cada vez que sale un monigote con el rostro desfigurado y la mandíbula desencajada no me va en absoluto. Aún así, me callo. Estoy a punto de ver una película de zombis y me parece demasiado patético confesar que únicamente he aceptado venir por estar un rato junto a él.

Cogemos buen sitio en el descampado, justo delante de la pantalla. Lo que quiere decir que a) estamos en primera fila, y b) la gente no puede cotillear lo que estamos haciendo dentro del coche. Además, Colin tiene las ventanas de

atrás tintadas y eso nos proporciona cierta intimidad.

Sintonizamos la radio con el canal de emisión del sonido y nos movemos a los asientos traseros para ponernos cómodos. Aún están emitiendo los anuncios, lo que quiere decir que hasta dentro de unos minutos la película no comenzará. Colin baja del todo los asientos delanteros para que nuestra visión sea perfecta y después se acomoda a mi lado con un pack de cervezas entre sus piernas. Aún están frías y hace calor, así que cuando me ofrece una yo la acepto sin dudar. Eso sí, no puedo evitar acordarme de Joe Byers porque, al igual que a él, a mí tampoco me hace excesiva gracia la cerveza. Aprovechamos que aún no ha comenzado la película para hablar sobre la universidad y algunos otros asuntos banales y carentes de importancia. Colin me sorprende. Es agradable y charlar con él resulta mucho más sencillo de lo que había llegado a pensar. No es egocéntrico y tampoco parece ser el típico chulito que se lo tiene creído, así que no tardo en relajarme y de olvidar mis absurdos nervios.

— Mi padre puede llegar a ser horrible — me confiesa cuando comenzamos a hablar de sus prácticas — . Supongo que me exige tanto porque soy su hijo, pero a veces tengo la sensación de que no puedo darle todo lo que me está pidiendo.

Asiento y, mientras él me explica cómo es un día completo en el bufete, escucho. Es interesante. El derecho nunca me ha llamado la atención, pero cuando las palabras salen de los labios de Colin todo parece mucho más interesante.

Después retomamos el tema de la universidad y yo decido sincerarme con él. Le explico que ése ha sido uno de los sueños que no he llegado a completar y que, en cierto modo, no puedo evitar culpar a mi familia. Colin no me juzga, así que me siento bien desahogándome. Él se acerca un par de centímetros más

a mí y nuestras piernas se rozan, haciendo que la falda del vestido que llevo puesto se eleve ligeramente hasta quedar por encima de mi medio muslo. Un escalofrío me recorre de arriba abajo y, al final, termino desconcentrándome sin saber qué era lo que le estaba contando. Colin no parece afectado por nuestro repentino contacto físico, así que continúa él con la charla. Me habla de las fiestas de la universidad y me explica que había una tradición en la que uno debía hacer un agujero bajo la lata de la cerveza y bebérsela de un trago.

— No recuerdo a ninguna chica que fuera capaz.

No soy tonta y sé lo que pretende, pero el reto me gusta.

— ¿Ah, no? — le digo con voz juguetona — , dame otra lata y verás.

La película ya ha comenzado y hace más de diez minutos que los zombis deambulan por la gran pantalla que cuelga sobre nuestras cabezas, aunque a ninguno de los dos parece interesarnos lo más mínimo. Colin coge una de las latas y agujerea una de las esquinas antes de pasármela. Estoy un poco oxidada y he perdido práctica, pero años atrás era una digna contrincante en el concurso de chupitos del campus. Sin pensármelo mucho, me llevo la lata a los labios y empiezo a sorber. Empiezo a sufrir estragos cuando no llevo ni la mitad del contenido, pero la cara de sorpresa de Colin viéndome en plena acción me alienta para no parar hasta vaciarla por completo.

— Joder, Ali — se ríe, divertido.

Cuando por fin la he terminado, la aplasto entre mis manos para que pueda comprobar por sí mismo que no queda nada en su interior antes de devolverle el acordeón que ha quedado por lata. Colin aplaude justo antes de guiñarme un ojo.

— Toda una universitaria, sí, señor.

Y después llega el beso.

Ocurre tan rápido que ni siquiera soy consciente de cómo sus labios han llegado hasta los míos. Su lengua se abre paso a mi interior y siento el agrio sabor a cerveza que ambos compartimos. Nuestras salivas se mezclan y un cosquilleo se instala debajo de mi vientre. “Hace demasiado tiempo que un chico no me besaba”, pienso. Colin rodea mi cintura con uno de sus brazos y posa la otra mano en mi nuca. Sus dedos juegan con mi pelo mientras su lengua inspecciona aquel nuevo espacio con sensualidad y suavidad. No puedo evitar excitarme. El beso es apasionado y ansioso, así que cuando nos separamos los dos estamos conteniendo el aliento. Cojo aire. Tengo el pulso acelerado.

— Me gustas mucho, Alison — confiesa Colin —, la verdad es que no entiendo cómo no me había fijado mucho antes en ti.

Trago saliva y me quedo callada.

Supongo que el silencio es bastante mejor a confesar que él a mí me gustaba desde que cumplí los trece años.

— A mí también me gustas, Colin — consigo murmurar, sonrojada.

Su mano se posa en mi muslo mientras que con la otra saca otro par de cervezas. Después de mi numerito yo ya voy bastante perjudicada, pero no la rechazo. ¿Qué diablos? De vez en cuando una también tiene derecho a desmelenarse.

Me acurruco más junto a él y, mientras me bebo a sorbos la cerveza, presto un poco de atención a la película. Ni siquiera sé cómo se titula. Colin también parece estar concentrado en la pantalla, aunque su mano continúa posada en mi muslo, sobre mi piel. Sus dedos juegan entre ellos, provocándome cosquillas y poniéndome la piel de gallina. Todo mi cuerpo reacciona a él y una parte de mí anhela que esos dedos continúen ascendiendo hasta mi ropa interior. Otra

parte de mí, la más comedida, me dice que no debería permitirle llegar tan lejos en nuestra primera cita. “Yo no soy como las demás”, me recuerdo a mí misma.

— ¿Sabes cómo han llegado al tren?

Supongo que se refiere a los protagonistas. Ahora mismo están subidos en un vagón, escondiéndose de un ejército de zombis hambrientos que parecen capaces de rastrear mejor que un Basset Hound.

— Ni idea...

Colin sube sus dedos otro par de centímetros, levantando la tela del vestido. Me bebo lo que queda de cerveza de un solo trago para aplacar el nerviosismo y la excitación — ambos por partes iguales — que se están apoderando de mí.

— ¿Te está gustando la película? — me pregunta, mordiéndose el labio inferior para no dejar escapar una risita.

No sé si mentir o decir la verdad.

— ¿Quieres que te sea sincera?

Él asiente y yo niego muy lentamente con la cabeza.

— ¿Te apetece que nos marchemos a otra parte?

“No caigas en la trampa, Alison...”, me dice la voz de mi angelito en mi cabeza. Pero no tardo mucho en dejar de escucharle y supongo que, a estas alturas, el diablillo ya ha debido de amordazarlo y encerrarlo en un sótano muy oscuro.

— Vámonos — respondo sin dudar.

Colin no se lo piensa dos veces antes de saltar a los asientos delanteros para

volver a recolocarlos. Yo le imito, aún sin ser capaz de dejar atrás el nerviosismo que me lleva acechando toda la cita. Cuando estamos a punto de salir del descampado, echo un último vistazo a la pantalla y veo cómo uno de los zombis está desgarrándole el cuello a la protagonista. Aparto la vista, horrorizada, y vuelvo mi atención hacia Colin. Está concentrado en la carretera y conducir le queda muy... sexy. La mandíbula tensa, los músculos de los brazos marcados y... Soy incapaz de pasar por alto el bulto que asoma disimuladamente en su pantalón. Me sonrojo sin poder remediarlo mientras esas extrañas cosquillas vuelven a instalarse en mi bajo vientre.

Colin detiene el coche en el mirador que hay sobre la bahía y apaga el motor. Un silencio arrollador se apodera del ambiente. Nos miramos de reojo y sonreímos.

— ¿Salimos del coche?

Sorprendida, asiento.

Había pensado que, una vez nos quedásemos a solas, se abalanzaría sobre mí sin ningún tipo de miramiento. Pero Colin Newby es una auténtica caja de sorpresas.

Salimos del coche y, mientras él coge algo de los asientos traseros, yo me adelanto y me siento en el capó. Hace buena temperatura, la noche es agradable y el cielo está lo suficientemente despejado para que algunas estrellas rebeldes puedan asomarse sobre nuestras cabezas. Desde aquí se puede ver el mar. Está tranquilo. El sonido del oleaje rompiendo contra las rocas del acantilado llega hasta arriba como una nana de cuna.

— ¿Las terminamos? — pregunta Colin, dejando el pack de cervezas semivacío sobre el capó junto a una bolsa de palomitas.

Se sienta a mi lado, rodeándome con un brazo, mientras que con la otra abre

dos cervezas, una detrás de otra. Coloca la bolsa de palomitas sobre nosotros y en un susurro me dice que le gustan más estas vistas que las anteriores.

— Yo también prefiero ver el mar a escuchar gritos con intestinos sangrientos en primer plano.

Se ríe ante mi comentario y, de pronto, me doy cuenta de que me siento muy cómoda junto a él. Ya no estoy nerviosa; o al menos, no del mismo modo que antes. Quizás sea por el efecto de las cervezas, pero es la primera vez que me siento yo misma estando a su lado. Cojo una palomita y me la llevo a la boca mientras Colin me cuenta que, cuando era un niño, solía ir de vacaciones a una cabaña en un lago para que su padre pudiera pescar.

— Todas las noches salíamos a nadar — me dice con aire nostálgico, contemplando el mar —, cosa que a mi madre le sacaba de quicio. Decía que, de noche, el lago podía ser muy peligroso.

— Y tenía razón — añado.

Colin se ríe.

— ¡Mujeres! — exclama, bromeando —. De verdad, me encantaba nadar de noche en aquel lago. Sentía una sensación de libertad increíble... Me encantaba ver cómo el color oscuro del agua se fundía con el cielo.

— ¿No te daba miedo? ¿La oscuridad?

— Me fascinaba. Creo que me sentía parte del agua, como si me transformase en una criatura marina.

Asiento y, sin pensarlo mucho, le digo que algún día probaré la experiencia.

— ¿Te apetece ir conmigo? Podríamos salir a nadar a la bahía.

Me muerdo el labio mientras me lo pienso.

Para ser sinceros, no soy muy buena nadadora. Y los lugares húmedos y oscuros no me gustan demasiado. Estoy a punto de responderle que no cuando, de repente, me imagino a Colin nadando en la bahía, mojado, en bóxers... Creo que estar a su lado me pervierte la mente.

— Quizás algún día. Podría ser.

— Alison... — murmura con la voz vaga.

Me giro para mirarle y me doy cuenta de que entre nosotros se ha creado cierta tensión. La brisa del mar sube por el acantilado, poniéndome la piel de gallina. Bueno, quizás no sea la brisa... Quizás se deba a sus intensos ojos azules. Se acerca a mí lentamente y esta vez no me pilla por sorpresa. Me besa. Sus húmedos labios se aprietan contra los míos mientras su mano rodea mi cintura para atraerme hacia él. Su lengua recorre mi paladar, inquieta y ansiosa, mientras su otra mano asciende lentamente por mis muslos.

— Colin... Espera — resoplo, apartándome unos instantes.

— Lo siento — me dice, con una sonrisa nerviosa e inocente en los labios —, no quería que...

— No, no pasa nada — le corto, ansiosa por la situación —, es sólo que... Yo no soy como las demás, ¿sabes?

Su sonrisa se ensancha aún más, dejando de ser inocente para tornarse perversa.

— Lo sé, Alison. Por eso me gustas tanto.

Me muerdo el labio sin saber qué contestar.

Nuestras miradas vuelven a conectarse y, nuevamente, vuelvo a sentir esa

extraña electricidad que se forma entre nosotros. Quizás sea por las cervezas, pero justo en esa décima de segundo decido que voy a dejarme llevar. Quiero hacerlo. Y voy a hacerlo.

Esta vez soy yo la que se abalanza sobre él, pillándole desprevenido. Colin se deja caer sobre el capó, tumbándose por completo, y yo me coloco sobre él para poder besarle cómodamente. Sus manos vuelven a ascender por mis piernas hasta mis nalgas, pero esta vez no me incomoda. En vez de controlar mis impulsos, dejo que mi excitación ascienda por mi cuerpo mientras le devoro la boca. ¿Cuántas veces he soñado con Colin Newby? Miles. Mejor dicho, millones de veces. La brisa que sube por el acantilado cada vez sopla más fuerte, pero no me importa. Ardo. Y sé que él también me desea a mí. Silencio la vocecita que me repite una y otra vez que “debería esperar más” o que “así conseguiré que no vuelva a prestarme atención”. No sé porqué, mi intuición me dice que Colin quiere conocerme de verdad. Además, la atracción sexual que sentimos el uno por el otro es más que evidente. Se incorpora levemente y me estrecha entre sus manos. Con la boca, comienza a desatar los botones delanteros de mi vestido hasta que, al final, las ansias le pueden y termina utilizando las manos. Mi sujetador negro de encaje queda al descubierto y Colin me devora con la mirada. Me arranca el vestido y yo hago lo mismo con su camiseta blanca. Sus duros y musculosos pectorales quedan al descubierto. El ambiente es perfecto. La luna ilumina lo suficiente para que podamos vernos y disfrutarnos en la intimidad. Colin me aúpa entre sus brazos para bajarme del coche. Tira de mi mano para que le siga, así que en ropa interior camino hasta la puerta trasera de la camioneta.

— Eres preciosa — me dice con la voz contenida.

Me siento y él se coloca junto a mí, dejando la puerta de la camioneta abierta. Al principio me preocupo, pero después me digo a mí misma que dudo mucho

que podamos encontrar público a estas horas de la noche en el mirador. Volvemos a besarnos. Deslizo mi mano por sus piernas, paso delicadamente sobre el bulto de su pantalón mientras él suspira de placer y después termino de ascender hasta su vientre, donde la dejo posada. El beso se intensifica aún más, dejando atrás cualquier atisbo de inocencia. Nos devoramos. Nos abrazamos con ansia y nos tocamos de arriba abajo con rapidez y desesperación. Ambos estábamos deseando que esto ocurriera. Ambos queríamos sentir nuestros cuerpos. Colin empieza a desnudarse con una sonrisa en los labios y yo, que vuelvo a sentirme hecha un flan, le imito, quitándome el vestido que ya estaba semi-desabotonado por la cabeza. Me quedo en braguitas y en sujetador, pero no soy capaz de ir más allá. Mis pechos nunca me han gustado demasiado, así que prefiero dejarlos ocultos bajo la tela de encaje. Pero al parecer, Colin tiene un plan bastante diferente a mí. Se quita los bóxers, dejando al descubierto su erecto miembro. Un calambrazo de excitación recorre mi columna vertebral cuando le veo desnudo ante mí. Me toca y yo ardo. Estoy mareada y tengo la sensación de que todo esto es un sueño. “Malditas cervezas”, pienso, esforzándome por concentrar mi atención en el momento que estoy viviendo.

Colin desliza sus manos por mi espalda hasta alcanzar el cierre del sujetador y, sin preguntar, lo desabrocha. Mis pechos se liberan al instante y lo desliza por mis brazos para quitármelo del todo. Ya no sonrío. Vuelve a tener ese gesto perverso que provoca un cosquilleo en mi bajo vientre. Tiemblo de placer cuando su boca atrapa uno de mis pezones y tira de él, succionándolo. Gimo de placer mientras Colin repite el proceso con mi otro pezón, dejándolo duro y erecto. Sus manos se desplazan a mis bragas y de pronto me siento muy inexperta y torpe. Colin Newby me impone tanto que, a pesar de mi excitación, soy incapaz de tomar las riendas de la situación. Me quedo paralizada mientras aparta la tela y desliza un dedo en mi interior. Me muerdo el labio. Él

entra y sale una y otra vez. Después introduce otro dedo y, sin poder contenerme más tiempo, jadeo de placer. Me tiemblan las piernas. Y los brazos. Y el labio. Un amargo sabor a sangre recorre mi paladar, indicándome que he debido de morder mi labio con demasiada fuerza. No me importa. El placer es tan inmenso que, si dejo de contenerme, comenzaré a gritar.

— Joder, Alison... — me dice con los ojos muy abiertos — . Están tas... húmeda.

Yo no sé qué responder, así que guardo silencio y sigo disfrutando de cómo me toca hasta que, unos segundos después, se detiene.

Sujeta mi rostro entre sus manos y me besa con pasión. Yo le devuelvo el beso, pasándole el sabor a hierro y sangre que inunda mi paladar. Colin se abalanza sobre mí, tira de mis braguitas hasta hacerlas añicos y, muy lentamente, se clava en mi interior. Cuesta. Estoy muy húmeda, y aún así, cuesta. Hace demasiados años que no compartía mi cuerpo con ningún chico, así que la entrada a mi interior se ha ido cerrando. Colin lo nota, así que procura ser delicado hasta que se clava del todo en mi interior. Y duele. Pero tampoco me importa porque es un dolor que me gusta. Yo me voy escurriendo lentamente hasta quedarme tumbada en el asiento cuando, de pronto, comienzan las embestidas. Dejan de ser delicadas y suaves y se vuelven pasionales y salvajes. Al principio me duele tanto que grito de dolor, clavando mis uñas en su espalda. Estoy a punto de suplicarle que pare, pero poco a poco la sensación se va transformando más placentera, hasta que mis gritos se transforman en jadeos y gemidos. Deslizo mis manos hasta sus nalgas y aprieto su culo, duro y firme, mientras él sigue entrando y saliendo. Más fuerte. Más rápido. Más intensamente. Su respiración se acelera, indicándome que está a punto de explotar, así que yo me dejo llevar hasta unirme a él en un intenso orgasmo que me arroya. Durante unos instantes soy incapaz de respirar, así que

cuando recupero el aliento estoy alterada.

Colin se aparta suavemente y se sienta junto a mí, justo a mi lado. En ese instante, me siento pequeña, menuda y desprotegida. Ha sido maravilloso, pero ahora siento deseos de echarme a llorar. Él se queda en silencio y tengo la sensación de que la escena es fría. Demasiado fría.

— ¿Estás bien? — me pregunta.

Trago el nudo de la garganta, pero aún así soy incapaz de responder con palabras. Asiento.

— Eres increíble, Alison... — me dice en un suspiro.

Y cuando le escucho decir eso, el nudo se deshace por completo y las ganas de llorar desaparecen de un plumazo.

“Tú también eres increíble, Colin Newby”, pienso, incapaz de decirlo en voz alta.

6

Llego a casa de madrugada, oliendo a sexo y a cerveza. Y me siento muy feliz. Cruzo el umbral de la puerta pensando que a estas horas todos estarán dormidos, pero me equivoco. Marcy se ha quedado despierta en el salón, esperándome.

— Llegas muy tarde — me dice, mirándome muy fijamente.

Yo solamente soy capaz de sonreír como una niña tonta.

No me apetece discutir con Marcy, ni que se ponga en “plan pesadilla” conmigo, ni que me dé un sermón como si fuera mi madre.

— La verdad es que sí — respondo, restándole importancia —, se me ha hecho un poco tarde — añado, revisando el reloj como si acabara de caer en la cuenta de la hora que es —. Menos mal que mañana no tengo que trabajar.

Marcy frunce el ceño y me escruta de hito a hito.

— ¿Todo bien, Ali?

— Todo perfecto — aseguro mientras le doy la espalda. No quiero que la conversación se alargue más de la cuenta —. ¡Nos vemos mañana!

— Sí, buenas noches... — susurra en voz baja.

Corro escaleras arriba y, cuando cierro la puerta de mi habitación, libero un gritito de emoción. Estoy tan nerviosa que sé que hoy no podré conciliar el sueño.

— ¡Colin Newby! — grito, tapándome el rostro con ambas manos mientras me dejo caer en la cama.

Me siento como una niña pequeña, pero no es para menos.

¡Acabo de acostarme con mi amor platónico!

Sopeso la idea de darme una ducha para ir relajándome, pero la descarto. Aún huelo a él y no quiero desprenderme de este aroma tan rápido.

Enciendo la lámpara de la mesilla, me quito el vestido y el sujetador, me coloco un cómodo camisón y me siento en la cama con el libro de Joe Byers abierto entre mis piernas. Ya que no voy a poder dormir, mejor estar entretenida.

Voy pasando las páginas y antes de que quiera darme cuenta ya me he olvidado de Colin y estoy inmersa en la historia de Nancy y Joe.

“Nancy no era una chica cualquiera. Era una de las chicas más populares del campus, y ella lo sabía. Estaba acostumbrada a que todos los chicos besásemos el suelo que ella pisaba y, generalmente, no perdía el tiempo en devolverte la sonrisa. Pero sí ella se lo tenía creído, yo aún más. Estaba dispuesto a hacerme ver de todas las formas posibles.

La lluviosa tarde del quince de octubre yo le pedí una cita y ella me rechazó. Estábamos en las gradas del campus, observando las pruebas que estaban llevando a cabo los nuevos fichajes del equipo de fútbol de la universidad. Yo iba a participar, aunque todavía no me había cambiado de ropa. Nunca jamás me había interesado lo más mínimo el fútbol, pero en términos generales era muy buen deportista. Además, el novio de Nancy era la estrella del equipo; y

sabía perfectamente que si pretendía conquistarla tenía que eclipsar a aquel chico de todas las formas posibles. Yo tenía que ser el mejor. Tenía que conseguir que me deseara.

Cuando le propuse la cita ella estaba con su grupo de amigas. Nancy nunca iba sola, siempre estaba rodeada de chicas que la adulaban y perseguían como perritos falderos. Yo creo que era tal su belleza que hipnotizaba a hombres y mujeres por igual. Nosotros queríamos conquistarla y las chicas querían ser igual que ella. Me armé de valor, me presenté delante de ellas y le pedí que saliera conmigo. Todas se echaron a reír — incluida Nancy —, hasta que Deborah — su mejor amiga — se dio la vuelta y le dijo en voz alta que no perdiera el tiempo conmigo. Y entre risas, se esfumaron.

Pero sé que ese día capté su atención. Y sé que se quedó para ver mis pruebas. Cuando el entrenador me dijo que era un fichaje prometedor, ella estuvo en las gradas para poder escucharlo. Aquel día Nancy Williams descubrió que yo existía. Y aquel día yo decidí que me casaría con ella. Costase lo que me costase, mi futuro estaría a su lado...”

Cuando me despierto tengo el libro de Joe Byers abierto, junto a mí. Ayer debí de quedarme dormida mientras leía, así que ni siquiera sé cuántas horas he podido descansar. Los gritos de Lena me despiertan desde la primera planta y doy por hecho de que ya está discutiendo con Marcy.

— ¿Alison? — pregunta Marcy al otro lado de la puerta, justo antes de golpearla dos veces seguidas con el puño —, ¿estás despierta? ¡Date prisa! ¡Tenemos que pasar a por las flores!

Me sacudo la somnolencia que tengo encima y caigo en la cuenta de que, como todos los años, hoy toca ir al cementerio. Es el aniversario de la muerte de mamá. Eso me hace preguntarme si ayer Marcy no se quedaría despierta hasta

tan tarde pensando en ella...

— Dos minutos y bajo — respondo con la voz ronca.

Sí, creo que ayer me pasé tres pueblos con las cervezas.

Me arrastro hasta la ducha y con pena termino de desprenderme del aroma del perfume de Colin mientras pienso en el pasaje del libro que leí ayer. Sé que es una de esas novelas románticas que me gustan y, además, sé muy bien cómo va a terminar. Todas las novelas románticas son iguales, pero eso tampoco hace que me gusten menos. Quizás, incluso, logren que me ilusione todavía más con la idea de que el amor de verdad existe. El amor del bueno. El amor que no duele, que no es egoísta y que no conoce ningún tipo de interés oculto. Sí, ese es el amor del bueno. Me imagino que Joe y Nancy comenzarán un romance que se complicará, aunque después Joe moverá cielos y mares para recuperarla y, finalmente, se terminarán enamorando y casando. Puede que, quizás, Nancy se resista a él y el libro culmine con la espléndida conquista de Joe Byers. Aún así, no puedo dejar de leerlo. ¿Por qué voy a negarlo? Sí, soy una adicta a las novelas románticas. Me aclaro el jabón del pelo mientras me digo a mí misma que con un poco de suerte mi historia con Colin también termine siendo de novela. ¿Quién sabe?

— ¡Alison, date prisa! — grita Marcy desde abajo.

Suspiro hondo, me envuelvo en la toalla y salgo del cuarto de baño para dirigirme a mi habitación. Lena me está esperando encima de mi cama, vestida con unas bailarinas negras, unos vaqueros oscuros y una blusa negra. Por alguna extraña tradición que hemos adquirido de forma involuntaria, el día del aniversario de la muerte de mamá siempre nos vestimos de luto y nos obligamos a estar triste y de capa caída. Sé muy bien que mamá no aprobaría esta conducta. Sé, y lo sé a ciencia cierta, que a mamá le gustaría ver que

somos felices y que seguimos con nuestras vidas hacia delante — a diferencia de papá, que continúa estancado en el mismo punto — .

— ¿Vas a contarme qué pasó ayer con Colin?

Frunzo el ceño y le lanzo una mirada inquisitiva.

— ¿Le conoces?

— ¡Oh, por Dios, Ali! ¡Todo el pueblo sabe quién es Colin Newby!

Me quito la toalla para ponerme la ropa interior bajo la atenta mirada de Lena. Deslizo las braguitas con rapidez, sintiéndome extraña. Estoy acostumbrada a que mi hermana me vea desnuda, pero por alguna razón pienso que mi cuerpo puede delatar que ayer mantuve relaciones sexuales, y esa parte no me guste ni un pelo. Me pongo el sujetador mientras ella sigue insistiendo.

— Todas las chicas de mi clase están locas por él, Ali — me dice con el tono de voz ilusionado — . ¡Vas a ser la chica más popular de Alnmouth!

— ¡Por Dios, Lena! — exclamo, horrorizada — . ¿No es un poquito mayor para vuestra generación?

— Chris Hemsworth también, pero eso no quita que esté buenísimo.

Sacudo la cabeza en señal de negación, desesperada, mientras me digo a mí misma que estas niñas de hoy en día no tienen remedio.

— ¿Cómo has conseguido que Colin se fije en alguien como tú?

Deslizo el vestido negro por encima de mi cabeza y mientras me lo recoloco, me giro para fulminar a Lena con la mirada.

— ¿Qué estás insinuando, enana?

Mi hermana pequeña traga saliva.

— Bueno, no es que seas fea..., eres mi hermana — me dice a modo de explicación — , pero es que no lo entiendo.

Suspiro hondo y, sin responderle, comienzo a cepillarme el cabello. Pasan por mi cabeza varias instantáneas de la noche de ayer. El cine. Las cervezas. Las palomitas. Los zombis. Los dedos de Colin tamborileando sobre mi muslo. El primer beso, húmedo e improvisado. Las estrellas. Su olor. Su cuerpo sobre el mío. El dolor que sentí cuando me penetró y el placer que experimenté cuando me acostumbé a su miembro.

— ¿Alison? ¿Vas a responderme o no?

— No — le digo, sonriendo.

Esta conversación me recuerda que aún no he revisado mi teléfono móvil. Puede que Colin me haya enviado un mensaje diciéndome, nuevamente, lo increíble y maravillosa que soy. O lo bien que se lo pasó ayer conmigo. O quizás, lo bonito que fue todo.

Dejo que el cabello mojado caiga sobre mi espalda y recojo el bolso que usé el día anterior para buscar el móvil. No hay mensajes nuevos y solamente tengo un veinte por ciento de batería. Mierda. Ayer se me olvidó cargarlo.

Marcy vuelve a gritar desde la planta baja. Lena suspira, agobiada y sale de la habitación diciéndome que si no bajo ya Marcy me matará. Y creo que no bromea. Me pongo unas sandalias plateadas, vuelvo a meter el móvil en el bolso antes de colgármelo en el hombro y salgo de mi cuarto con el cabello mojado goteándome en la espalda. Creo que lo mejor será que se me seque el aire libre.

— ¿Papá? — pregunto, cruzando el umbral de la puerta.

Marcy se encoge de hombros, pero no se molesta en responder.

Supongo que estará en la cama, llorando. O quizás bebiendo. Quién sabe. Sé que la situación es insostenible y que no podemos permitir que siga de ese modo, compadeciéndose de sí mismo, pero..., creo que ni Marcy ni yo estamos aún preparadas para hacerle frente a la situación. Puede que lo mejor sea internarlo en un centro o buscar ayuda de otro tipo, no lo sé.

Caminamos en silencio hasta doblar la esquina de la calle y la parada de autobús aparece frente a nosotras. Hace calor y el día está despejado.

— Hay que pasar por la floristería — nos recuerda Marcy.

Asentimos.

A ninguna se nos había olvidado. Nuestra única tarea hoy será pasar a por las flores, limpiar la tumba de mamá y pasar unas horas con ella.

El autobús llega puntual. Simon me saluda con su habitual simpatía y las tres caminamos hasta el fondo. Lena se sienta a solas, a un lado, y Marcy y yo ocupamos los dos asientos del otro lado. El centro está a ocho minutos, así que no tendremos tiempo suficiente para aburrirnos.

— ¿Vas a contarme de qué va lo tuyo con Newby? — susurra mi hermana mayor con voz amarga.

Trago saliva.

Con la última persona que me apetece hablar de ello es con Marcy. Además, esperaba encontrarme un mensaje de Colin al despertar, y todavía no he recibido noticias de él. Eso me ha decepcionado bastante. No quiero pensar mal, pero mi angelito bueno ha conseguido quitarse la mordaza y me está repitiendo, una y otra vez, que me lo advirtió y que ese chico consiguió todo lo que quería de mí.

La ignoro, pero ella no parece dispuesta a rendirse tan fácilmente.

— No quiero meterme donde no me llaman, Ali, pero puedo asegurarte que Colin no es un buen chico.

— ¿Por qué dices eso? — refunfuño de mal humor.

En mi primera cita con Colin me he llevado muchas sorpresas, pero ninguna negativa. La verdad es que me ha sorprendido para bien. No sé por qué razón me esperaba encontrar a un chico egocéntrico y creído, pero he descubierto que es todo lo contrario. Colin parece... real. Y eso me gusta mucho.

— Alison, por favor — me dice con una sonrisita de autosuficiencia — , Colin siempre andaba con las chicas de mi clase. Ya sabes a lo que me refiero...

— ¿A que le gustaba la fiesta tanto como a ti?

Marcy resopla con desesperación.

— Se droga — escupe — , le gusta la fiesta, cada día está con una chica diferente y...

— ¿Lo sabes por experiencia propia? — le corto, cada vez más enfadada.

¿De verdad se cree en el derecho de darme lecciones? ¿Justamente ella?

— No es una buena influencia, Ali. Créeme. No te conviene en absoluto...

— ¿Y tú, Marcy? ¿Qué podría decirme él de ti? — pregunto, levantando la voz un poco más de la cuenta — . ¡La gente cambia!

— Solamente quiere acostarse contigo, Alison. Después se fijará en otra.

— ¡Cállate de una maldita vez!

El autobús se detiene en nuestra parada. Menos mal.

Dos minutos más ahí dentro con ella y sé que habríamos terminado discutiendo a pleno pulmón. ¿Por qué diablos se cree con derecho a meterse en los asuntos ajenos?

De camino a la floristería no digo ni una palabra. Marcy ha conseguido eliminar de mí cualquier atisbo de felicidad que aún conservase del día anterior. Ellas también van en silencio. Imagino que Lena está pensando en mamá, cosa que nosotras también deberíamos de hacer.

Después de coger la corona de flores, subimos al cementerio caminando. No está lejos, solamente debemos caminar un par de calles más. Alnmouth tiene algo muy bonito, y es que sus antepasados decidieron construir el cementerio integrándolo en el centro del pueblo. Algunos pueden considerar que es un poco macabro, pero a mí me parece precioso. No querían alejar a los que ya no están, sino convivir con ellos. Querían tener muy cerca a aquellas personas que nos observan desde el cielo y las estrellas.

Llegamos a la tumba de mamá. Ha pasado exactamente un año desde que visité este lugar por última vez. Trago saliva y contemplo su lápida mientras Marcy arranca los hierbajos que han crecido tapando las inscripciones de su nombre. Después coloca la corona y las tres nos sentamos frente a su tumba.

— Hola, mamá... — murmura Marcy con la voz acongojada — . Tenemos muchas cosas que contarte... Lena va a ir a la universidad. Está muy emocionada y nosotros muy orgullosos de ella — dice, conteniendo las lágrimas.

En estos momentos son lo que más extraño a mi madre. Echo de menos que no pueda estar aquí, delante de nosotras, para respondernos. Echo de menos no poder abrazarla, ni tocarla, ni besar su mejilla cada mañana. El tiempo va pasando y poco a poco su recuerdo comienza a distorsionarse en mi cabeza.

Me cuesta recordar cómo era el sonido de su voz o su forma de caminar. Sí, es cierto que tenemos muchos vídeos de ella, pero..., pero no es lo mismo. Su voz en persona sonaba mucho más cálida, más humana. Más real. Siento un nudo en la garganta y creo que, de un momento a otro, me voy a echar a llorar. Lena desliza su mano por encima de mi pierna en señal de apoyo y yo le dedico una sonrisa de agradecimiento. Puede que nos odiamos a ratos, pero somos hermanas y estamos unidas en todo momento. Sobre todo, en lo malo. En esos instantes en los que no hay nadie y uno no puede ver otra cosa que el vacío inmenso. Entonces, ellas siempre están ahí para mí. Para encender una luz y guiarme en la oscuridad.

— Cada día te echamos más de menos, mamá...

Y cuando Marcy se echa a llorar, nosotras tampoco logramos contenernos por más tiempo. Nos abrazamos y nos quedamos allí sentadas, mirando esas letras que están grabadas sobre la dura y fuerte piedra. ¿Por qué papá no puede apoyarnos en este instante tan importante? ¿Por qué nos falla cuando le necesitamos? Sé que mi madre no querría que le culpabilizase a él, pero no puedo evitarlo. Las horas van pasando, pero ninguna de las tres quiere moverse. Hundo los dedos en la húmeda tierra, ésa que ahora se funde con los restos biológicos de mamá. Mamá...

— Te queremos mucho — murmura Lena, haciendo que mi corazón se encoja con más fuerza.

Cuando nos levantamos del suelo, con los ojos hinchados y rojos y el rostro empapado en agua salada, ya ha comenzado a oscurecer.

Estoy demasiado conmocionada para pensar en otra cosa hasta que nos subimos al autobús. Cuando mi mente empieza a descongestionarse, nos cruzamos con una camioneta azul que me recuerda a la de Colin. Sonríe como

una niña tonta. Busco mi teléfono en el bolso para comprobar si me ha escrito, pero no tengo batería. Tendré que esperar a llegar a casa.

Casi no he dormido en toda la noche.

Ayer no tuve noticias de Colin y hoy he vuelto a amanecer sin ningún rastro de él. Creo que debería ser yo quien dé el primer paso y le mande el mensaje, ¿no? A fin de cuentas, estamos en el siglo XXI. ¿Por qué tiene que ser la mujer quien se siente a esperar pacientemente? ¿Por qué no puedo tomar yo la iniciativa?

El libro de Joe Byers está abierto de par en par sobre la mesa de mi escritorio. Voy por la mitad de la novela. Como ayer no podía dormir, me pegué un buen atracón. Y he de confesar que la novela me está gustando mucho. Las historias que son autobiográficas, como norma general, consiguen atraparme entre sus páginas. Joe ha fichado por el equipo de fútbol y parece que por fin se está haciendo ver. Poco a poco está ganando popularidad. Es listo, guapo, saca buenas notas y, dejando atrás al novio de Nancy, se ha convertido en el mejor quarterback. La cosa se ha puesto interesante cuando Deborah, la mejor amiga de Nancy, le ha invitado a la fiesta privada que va a organizar en la casa de sus padres. Joe no sabe si esa invitación viene de forma indirecta de Nancy Williams o si, en efecto, ha salido de la misma Deborah. Tampoco le importa, porque a esas alturas todas las chicas de la universidad empiezan a rumorear sobre él. Y Joe lo tiene claro; tarde o

temprano conseguirá a Nancy. Cueste lo que le cueste. Sabe que ha nacido para ser un triunfador y va a por todas. Algo que me gusta de Joe es que constantemente está soñando con su futuro. La gente dice que hay que vivir en el presente y no pensar en nada más, pero yo no lo creo. Y él tampoco. Está trabajando en su presente sin quitar las miras de su objetivo, tal y como lo hacía yo antes de que mamá enfermase. Joe, seguramente, conseguirá todo lo que se propone: ganará una beca, terminará la universidad con las mejores notas, obtendrá un buen puesto de trabajo nada más doctorarse y se casará con Nancy. No lo dudo, porque sé qué clase de persona es. Joe Byers es la persona que yo quería haber sido en un pasado.

Paso mi móvil de una mano a otra, indecisa, hasta que finalmente abro un nuevo mensaje de texto: “¿Qué tal todo, Colin?”. Borro de inmediato. No me gusta, suena fatal. “¿Cómo va todo? ¿Te gustaría volver a verme?”. Tampoco. Suena muy desesperado.

Tiro el móvil sobre la cama y me levanto, decidida a arreglarme.

Entre una cosa y otra, llego tarde. He perdido mi autobús habitual, así que cojo el siguiente. Para cuando llego, el puesto de Madeleine tiene una cola horrible y decido saltarme mi rutina matutina y mi rico chocolate caliente.

Subo las escaleras de la biblioteca diciéndome a mí misma que si Colin ha decidido pasar de mí, no me importa. Es problema suyo. “Él se lo pierde”, me digo, auto-engañándome de la misma forma que él me engañó. Después de todo, parece ser que Marcy tenía razón en advertirme — cosa que hace que mi rabia se incremente aún más — .

— Llegas tarde — saluda Finn con un vaso de chocolate caliente entre sus manos — , así que he decidido adelantarme a ti.

Sonríó como una tonta y le doy un beso en la mejilla.

— Gracias, Finn. Eres el mejor.

Es una pena que no pueda verle como algo más que un amigo, porque sé que con él las cosas podrían ser muy diferentes. Él sí me cuidaría de verdad. Pero así es el amor, ¿verdad? Caprichoso. Loco. Joe Byers quiere a Nancy Williams aunque ella le ignore. Y yo quiero a Colin Newby aunque sea un imbécil integral.

No consigo sacarme la ansiedad del cuerpo en toda la tarde y no soy capaz de pasar una hora seguida sin mirar el teléfono. Rezo internamente porque la pantalla se ilumine y el maldito nombre de Colin aparezca en la pantalla; pero no ocurre. No me escribe, ni me llama. Y eso hace que mi tristeza y mi desgana vayan exponencialmente en aumento hasta que, por fin, llega la hora de salida.

Al llegar a casa consigo escabullirme escaleras arriba y encerrarme en mi habitación sin tener que relacionarme en exceso con mis hermanas. Me quito la ropa y me pongo el pijama antes de tirarme sobre la cama. Siento rabia. Y me siento utilizada. Usada y sucia. Me tapo el rostro con la almohada y grito con todas mis fuerzas, sacando todo el malestar que me está carcomiéndome desde hace dos días. Dos malditos días han pasado ya y él sigue sin llamarme.

— ¡Idiota, idiota, idiota! — grito, enfurecida — . ¡Soy una maldita idiota!

Y entonces, rompo a llorar.

Creo que, internamente, acabo de romperme en mil pedazos.

8

«Si Nancy se lo tenía muy creído, yo aún más. Tenía claro que en la vida nada iba a detenerme.

Estábamos en la fiesta de Deborah, la música estaba alta y parecía que medio campus universitario invadía su salón. En la cocina, alguien había dejado un puchero repleto de una mezcla de varios licores. Una bomba explosiva. Me tomé dos vasos seguidos para ir soltándome y comprobé que el ingrediente principal era la ginebra, aunque no identifiqué qué le proporcionaba el color púrpura que lo caracterizaba.

Me escabullí entre la gente hasta dar con ella. A lo largo de las semanas había ido desarrollando un radar para detectar su presencia y había aprendido a moverme entre la multitud con disimulo hasta dar con ella. Nancy estaba con su novio, pero aún así no podía dejar de mirarme. Ella empezaba a desearme, podía sentirlo porque su mirada traspasaba mi piel.

Esperé pacientemente y me entretuve charlando de asuntos banales con Deborah. Comentamos los exámenes del trimestre, hablamos de algunos profesores y criticamos a los más pardillos. La conversación no me interesaba lo más mínimo, pero tenía la sensación de que a Nancy no le gustaba verme cerca de ella. Deborah era guapa. Tenía una melena castaña que le llegaba hasta la cadera y unos ojos avellanas preciosos. Cuando sonreía se le formaban dos hoyuelos en las mejillas y los ojos se le encendían, brillantes. No estaba tan delgada como Nancy, pero sus curvas eran proporcionadas y tenía buenos pechos. Era muy atractiva, sí. Pero Nancy jugaba en otra

categoría. Era innegable.

Aproveché que su novio la dejaba a solas y me despedí de Deborah con rapidez y poco tacto. Sé que ella vio como me acercaba, pero disimuló y al verme frente a ella puso cara de sorpresa.

— ¿Te apetece un ponche casero? — pregunté con una sonrisa.

Era una forma sencilla de entablar una conversación.

Nancy sonrió con suficiencia, mirándome por encima del hombro.

— No, gracias, Joe — respondió — , estoy esperando a mi novio. Además, ese potingue es un asco.

Sabía mi nombre.

Se había preocupado por averiguarlo, lo que era una buena señal — a pesar del rechazo, claro — .

— ¿Y por qué no dejas a tu novio en esta fiesta y nos vamos por ahí los dos? Podríamos tomar un buen gin-tonic en un bar decente.

Nancy soltó una risita, sacudió la mano y, sonriéndome, negó. A mí no me importaba que me estuviera rechazando; mejor aún, me gustaba el juego. Me encantaban los retos y ella, desde hacía tiempo, se había convertido en mi reto personal.

— Disfruta de la fiesta — me dijo, antes de esquivarme para acercarse a su novio.

Dios. Era guapísima.

La vi contonear las caderas hasta el fondo de la sala mientras la gente iba abriéndole paso para dejarla pasar. Cuando llegó al fondo, se giró para comprobar que yo aún la estuviera mirando. Así era. Sonreía de forma

estúpida con la mirada clavada en su espalda. Nancy me guiñó un ojo antes de rodear con los brazos el cuello de su novio. Vi cómo le metía la lengua en la boca mientras él colocaba las manos en su cintura para atraerla más a su cuerpo. Me sentí excitado. Me imaginé que era mi lengua la que exploraba su boca y que eran mis manos las que acariciaban su cuerpo por encima de aquel ajustado vestido celeste.

— ¿Joe?

La voz de Deborah me hizo regresar a la realidad.

Me giré hacia ella con una palpitante erección dentro del pantalón. No era Nancy, no. Pero podía bastarme. Sin responderle, sujeté su muñeca y tiré de su brazo, atrayéndola a mí. Ella soltó una risita nerviosa y yo me mordí el labio, inquieto. Ardía en deseos de poseerla, de desfogarme.

— Eres muy atractiva, ¿lo sabías?

Deborah soltó otra risita nerviosa, sin responderme. Y entonces, la besé. Mientras le comía la boca, la empujé suavemente hasta un rincón de la pared. La gente a nuestro alrededor se hizo un círculo y algunas chicas empezaron a soltar grititos. No era extraño que dos jóvenes se enrollasen en una fiesta como esa, pero sí era novedad que fuésemos Deborah y yo. Además, después de mis espectáculos en el campo sabía de sobra que varias de las féminas presentes me deseaban.

— Nos están mirando — me dijo, muy nerviosa.

— No me importa — respondí antes de lamerle el cuello.

Deborah y su risita nerviosa. Deborah y sus excitantes pechos. Deborah y su sensual cadera.

Metí la mano dentro de su pantalón y le toqué el sexo por encima de sus

bragas, que ya habían empezado a mojarse.

— ¿Se te ocurre algún sitio donde podamos estar... a solas? — pregunté, guiñándole un ojo.

Ella me empujó y tiró de mi brazo guiándome hacia las escaleras. La gente se reía, gritaba, silbaba y nos aplaudía. Y como no, Nancy Williams nos contemplaba, perpleja.

Subimos las escaleras hasta el piso de arriba y nos metimos en la habitación de Deborah. Aún teniendo la puerta de cerrada, podíamos escuchar los cuchicheos de abajo. Sonreí. ¿No quería Nancy jugar conmigo?

Empujé a Deborah sobre la cama y sin perder el tiempo le quité el pantalón y las bragas. Ella se quitó la camiseta y liberó sus pechos del sujetador mientras yo, de forma brusca, me desabrochaba el pantalón y lo dejaba caer al suelo. Me abalancé sobre ella y me clavé en su interior de una estocada. Deborah gritó, excitada, y yo me hundí aún más, atravesándola. Partiéndola en dos. Aprisioné sus pechos con mis manos. Eran grandes y sensuales. Y mientras follábamos, pensé en Nancy. Me la imaginé contoneándose con aquel vestidito celeste. Y después imaginé que era yo quien se lo arrancaba. Creo que grité su nombre cuando me corrí, pero Deborah ni siquiera se inmuto. Y si lo hizo, tampoco dijo nada.»

Cierro el libro y suspiro.

¿Habría pensado Colin en otra mientras se acostaba conmigo?

Ya han pasado tres días desde la cita y aún no he tenido noticias de él. Y eso me desquicia. ¿Por qué narices no puedo sacármelo de la cabeza? ¿Borrarle de mis recuerdos? ¿Por qué no puedo pasar página y olvidar todo?

Apago la luz, me hago un ovillo sobre la cama y cierro los párpados con fuerza.

Mañana será un aburrido y rutinario día más. Y, no sé porqué, últimamente la existencia cada vez se me antoja más insoportable.

9

Amanezco con la convicción de que el día de hoy no se diferenciará en nada del día de ayer. Y aunque estoy convencida de ello, deseo con todas mis fuerzas equivocarme en este presentimiento.

Todo transcurre como siempre; ducha, desayuno, discutir con Marcy, escuchar las tonterías de Lena, preguntar qué tal está papá — porque no, hoy tampoco ha decidido salir de la habitación y dejar su depresión a un lado — , coger el autobús, saludar a Simon, ir a por un chocolate y hablar con Madeleine sobre el tiempo, comentar con Finn la ola de calor que arrasa en Alnmouth, fichar los nuevos libros y mirar cómo las gaviotas se comen las migajas que hay en la plaza desde la ventana.

Un día más en la vida de Alison.

Suspiro, me acomodo en el sillón mientras Finn limpia algunos estantes y abro de par en par el libro de Joe Byers sobre mi regazo. Creo que ahora mismo lo único que me ilusiona es poder continuar con la lectura.

— ¿Qué tal está?

Me giro hacia Finn y frunzo el ceño.

— ¿Te refieres al libro?

— Sí, claro.

Suspiro hondo, acariciando sus páginas grabadas a máquina de escribir.

— Pues..., está bien. Es una historia romántica.

Finn suelta una carcajada y desaparece tras varios estantes.

— Ya te dije yo que había que ser muy romántico para escribir un libro a máquina.

— Has acertado — me río antes de centrarme en la lectura para poder avanzar con la historia.

«Los días siguientes a la fiesta, fueron explosivos.

Los rumores y los cuchicheos sonaban por todas las esquinas y, cuando yo pasaba por un pasillo, todas las chicas soltaban una risita y suspiraban. Había conseguido lo que quería: integrarme y captar la atención de todo el mundo. Aquella tarde, después de la clase de biología, me quedé un rato más para hablar con el entrenador y descubrí que en muy pocos días yo me había convertido en su chico favorito. Teníamos un partido importante el sábado, y yo jugaría de titular. Lo que significaba que el novio de Nancy tendría que quedarse en el banquillo. Estábamos comentando la mejor estrategia de juego cuando Deborah pasó a nuestro lado. La saludé, pero ella agachó la cabeza y aceleró el paso. En ese instante, creí que quizás estaría arrepentida de lo que pasó entre nosotros. Había escuchado que las amigas de Nancy eran... fáciles, así que ni siquiera me había planteado si el asunto se nos había ido un poco de las manos. Después descubrí que la antipatía de Deborah se debía a un motivo muy diferente.

Salí de la universidad apresurado porque se me había hecho tarde y aquel día debía de ayudar a mi padre con la contabilidad de su empresa. Se lo había prometido. Como bajé las escaleras apresurado, no fui consciente de que ella me estaba esperando allí hasta que prácticamente la tuve encima. Nancy

Williams estaba apoyada en mi moto, sonriéndome con picardía. Le devolví la sonrisa de medio lado y me planté frente a ella.

— Buenas tardes, señorita — saludé.

Ella me dedicó unos sensuales morritos antes de responder.

— He decidido aceptar tu propuesta — soltó sin andarse con rodeos — , y como no me gusta que me hagan perder el tiempo, iré al grano.

— Adelante — la animé con un cosquilleo en el estómago.

— Parque Tewins, a las siete en punto.

— ¿Hoy? — pregunté, sorprendido.

— Sí, hoy. ¿Algún problema, Byers?

Mi padre contaba conmigo para repasar los libros de contabilidad. Supuse que no le haría demasiada gracia un plantón de última hora...

— No, ningún problema — respondí con seguridad.

Los libros tendrían que esperar.

— A las siete. No llegues tarde.

Nancy Williams era un sueño hecho realidad y, en aquellos instantes, sentía que si alargaba el brazo podría rozarlo con mis dedos. Estaba cerca. Muy cerca.

— ¿Y tu novio? ¿Vendrá a la cita?

Nancy se mordió el labio con delicadeza y me lanzó una mirada provocativa.

— Ya no hay novio.

Yo todavía no lo sabía, pero mi numerito en la fiesta había funcionado. Nancy había dejado a su novio y le había prohibido a Deborah que se acercase a mí. Su popularidad le permitía poder cambiar de amigas con la misma frecuencia que de ropa interior, así que no tuvo problemas es deshacerse de Deborah y asignarle su puesto a otra de las chicas que la perseguían día y noche.

Yo iba ganando su juego... »

— ¿No vas a salir a almorzar?

Levanto la cabeza de las páginas y miro el reloj antes de responder a mi compañero.

— Sí, creo que saldré un rato — le respondo, cerrando el libro —, no tardaré.

— Tranquila, yo me he traído un sándwich, así que no creo que salga — me explica —, ¿pero podrías hacerme un favor? ¿Podrías subirme una cola?

— Sí, claro.

Le dedico una sonrisa mientras me dirijo a la salida.

Al abrir la puerta, el calor del exterior me golpea la piel. No he bajado dos escalones cuando ya empiezo a sentirme sudorosa y pegajosa. Abro el libro de Joe Byers y aprovecho para seguir leyendo mientras desciendo a la plaza. Estoy convencida de que no corro riesgo de caída. Conozco este edificio como la palma de mi mano.

La cita de Joe con Nancy va bien. Va mejor que bien. En la plaza se celebra una feria y dedican la tarde a pasear, charlar, comer helado y jugar unos dardos. Resulta que Nancy no solamente es la niña bonita que aparenta, sino que, además oculta muchas cualidades. Por ejemplo, es una buenísima tiradora de dardos y chimberas. Tiene una puntería buenísima. Y eso hace que Joe se

enamore aún más de ella. Nancy le consigue a Joe un oso gigante de peluche y él, en cambio, logra sacar del tiro un llavero de una mariposa para ella. Me río en voz alta como una loca mientras camino por la plaza y leo esa escena. Para terminar el día se suben a la noria. Están charlando tranquilamente cuando Joe se da cuenta de que, en el fondo, ella es exactamente igual que él. Y yo resoplo al pensar que, quizás, si las cosas hubieran sido de otra manera, yo también podría haber sido una Nancy Williams. Una triunfadora. Siguen girando en la noria. Nancy le dice que, de ahí en adelante, la única chica a la que podrá besar será a ella. Y Joe le pregunta si es una orden. Ambos se ríen como tontos justo antes del momento esperado: el gran beso.

— ¿Alison?

Escucho mi nombre y levanto la vista del libro, perdiendo el equilibrio y tropezando con mis propios pies. Termino en el suelo con un buen rasguño en las rodillas mientras Colin se disculpa por haberme asustado. Colin. Es Colin. Pestañeo incrédula sin saber qué decirle. ¿Debería escupirle en la cara? ¿Darle un tortazo? ¿Montarle un numerito?

— Lo siento, Ali. No quería...

Me tiende la mano para ayudarme, pero yo la rechazo y me pongo de pie por mis propios medios. Recojo el libro y levanto la cabeza procurando mantener intacto el poco orgullo que me queda. Y aunque al mirarle siento un odio que me carcome de pies a cabeza, también noto ese maldito cosquilleo que mucha gente denomina “mariposas en el estómago”.

— Ya... No pasa nada, tranquilo — respondo, retándole con la mirada.

— Ahora mismo iba a buscarte a la biblioteca — me explica, dedicándome una sonrisa confusa.

No parece comprender por qué estoy tan irritada con él.

— ¿A... mí?

Colin asiente.

— Resulta que el otro día apunté mal tu número, así que he estado esperando a que me escribas tú, pero como no lo has hecho... No sabía qué pensar.

¡Mierda!

¿Apuntó mal mi número? ¿Ha estado esperando a que yo le escriba? La información se amontona en mi cabeza. ¡Qué idiota he sido!

— Yo... Yo... — tartamudeo sin saber muy bien qué decir — , yo creí que no me escribías porque... — hago una pausa para coger aire — , porque no te apetecía volver a verme. Por eso no te he escrito.

Él abre los ojos con incredulidad y frunce el ceño.

— ¿Y por qué has pensado eso?

¿Por qué soy estúpida, quizás?

— No... No lo sé — confieso.

Colin se acerca a mí, rodea con su brazo mi cintura y me da un beso fugaz en los labios. Yo me quedo inmóvil sin saber cómo reaccionar. ¿Qué diablos significa eso?

— ¿Te marchabas ya? ¿Has terminado tu turno?

Sacudo la cabeza, procurando despejar este remolino de sensaciones que se está apoderando de mí.

— No... En realidad, iba a almorzar.

— Pues vamos juntos. Te acompaño.

Todo el odio y la tristeza que he experimentado dos días atrás desaparecen de un plumazo como si jamás hubieran existido y, nuevamente, vuelvo a sentir nervios e ilusión. Colin me pregunta qué estaba leyendo mientras caminaba riéndome y tan concentrada. Me sonrojo y le explico que es un libro de un autor desconocido. Al hacerlo no puedo evitar preguntarme si este ejemplar será el único que hay en el mundo o habrá más. ¿Cómo diablos no se me ha ocurrido buscar en internet al autor de este libro? Suspiro. Joe Byers. ¿Será un pseudónimo? ¿Será realmente una historia auto-biográfica?

Nos acercamos a la hamburguesería que hay justo después de doblar la calle y nos sentamos en una de las mesas del fondo. Colin pide una hamburguesa con patatas y yo, a pesar de estar muerta de hambre, me decanto por una ensalada en un intento absurdo de parecer una chica que cuida su línea. En realidad, soy una tragona. Supongo que si seguimos quedando se terminará dando cuenta, pero no tengo ninguna prisa porque lo averigüe antes de tiempo. Hablamos de todo y de nada. Él me cuenta que su padre lo tiene explotado y que está pensando en abrir su propio despacho privado. Me habla de sus sueños y de sus aspiraciones; aunque le gusta Alnmouth, se le queda pequeño. Desea poder ahorrar lo suficiente como para mudarse a la ciudad, alquilar un local y comenzar una nueva etapa por sí mismo. Cuando me toca la hora de hablar a mí, no sé qué decirle. ¿Con qué sueño? ¿A qué aspiro? Quería terminar mi carrera, tener un buen trabajo y como él, anhelaba mudarme a la ciudad y dejar atrás el pueblo. Me imaginaba casada con un hombre de éxito y visitando a mis padres todas las navidades. Ahora la cosa es diferente. Tengo que seguir trabajando para poder pagar las facturas y las hipotecas de la casa y cuidar de Lena hasta que vaya a la universidad. Entonces también tendré que seguir trabajando para pagarle sus estudios. Además, supongo que Marcy y Adam no

tardarán demasiado en irse a vivir juntos, y entonces solamente quedaremos en casa papá y yo. Será como estar sola pero con un sinfín de cargas sobre la espalda. ¿Me ayudará Marcy a pagar las facturas cuando ya no esté? ¿Cuándo dejará de colaborar? ¿Se olvidará de nosotros cuando cree su propia familia junto a Adam? Me trago el nudo que tengo en el estómago y le miro fijamente, pensativa.

— Mis aspiraciones son más... a corto plazo — respondo, procurando tomarme la situación con humor.

— ¿Y cuáles son tus aspiraciones a corto plazo?

— Nadar contigo en la bahía y cenar juntos unos boloñesa del Tiziano — confieso con nerviosismo mientras me muerdo el labio para evitar que me tiemble.

Colin ensancha su sonrisa. Sus ojos azules brillan y tengo la sensación de que me está mirando con admiración, así que no puedo evitar sonrojarme.

— Creo que me gustan las aspiraciones a corto plazo.

El corazón me da un vuelco y me cuesta respirar.

Colin coloca su mano derecha sobre mi mejilla y me besa. Es un beso lento, húmedo y muy sensual. Mi cuerpo reacciona instintivamente a él y siento que, de un momento a otro, me derretiré y me quedaré pegada sobre el asiento.

— ¿Qué te parece si empezamos a cumplirlas? — murmura, separándose de mí.

— ¿Ahora?

— Ahora — repite con un gesto travieso — . Podemos dar un paseo y, al anochecer, nadar en la bahía.

— ¿Quieres pasar..., todo el día conmigo?

Colin asiente.

Estoy sorprendida. He dedicado los últimos días a sacar a Colin de mi cabeza y, ahora, estoy intentando meter en mi cerebro la idea de que él quiere pasar un día entero junto a mí. Creo que tanta contradicción me está creando un cortocircuito neuronal.

— Claro que sí. ¿Te sorprende? — pregunta, justo antes de besarme en la punta de la nariz.

Yo me río como una adolescente coqueta.

Me siento absurda... Pero es una absurdez que me gusta. Es... ilusión.

— ¿Entonces? ¿Qué me dices?

Niego con pesar.

— Tengo que volver a la biblioteca... No puedo dejar a Finn solo.

— Solamente serán unas horas, Ali. ¿No puede apañárselas sin ti?

Sopeso qué responder unos instantes.

— Vale...

— ¿Vale?

Asiento lentamente.

— ¡Sí! — exclamo, riéndome como una loca.

Estoy segura de que Finn podrá perdonarme.

10

Apoyados contra una de las rocas del acantilado, observamos el atardecer en la bahía. El cielo se ha teñido de naranja, creando una sensación de fuego. Parece que, en cualquier instante, las llamas bajarán hasta el mar para arrasarlo con él. No hay nubes en el horizonte y, aunque todavía hace bastante calor, la brisa del mar suaviza el bochorno de Alnmouth.

Apoyo mi espalda contra el pecho de Colin y él me rodea con sus brazos. Estoy pegajosa, pero no me importa. Me cuenta que sus amigos ya han empezado a llegar a Alnmouth para pasar el verano, pero que en septiembre todos regresarán a la universidad. Él ha sido el único que ha conseguido licenciarse sin repetir un solo curso y sin arrastrar ninguna asignatura pendiente. Me pregunto si yo también lo habría conseguido. Sí, seguro que sí.

Diez minutos después, el sol ha caído por completo y estamos casi a oscuras. Como el cielo está totalmente despejado, la luna nos proporciona la suficiente luminiscencia como para poder vernos sin problemas. Colin se levanta y con lentitud comienza a desnudarse. Yo me río.

— ¿Lo vas a hacer de verdad? ¿Vas a ir a nadar?

Él tira de mi brazo para que me incorpore, pero yo me resisto.

— No voy a hacerlo, sino que “vamos” a hacerlo — señala, matizando en el plural.

— El mar me da miedo — confieso entre risitas, nerviosa —, y no tengo

bikini.

— Yo te protegeré, y en cuanto al bikini...

Colin deja la frase en el aire, se quita el pantalón y, después, se quita el calzoncillo mientras me guiña un ojo. Yo me tapo los ojos con las manos y me echo a reír.

— ¿Para qué necesitamos un bañador? No vamos a vernos nada que no nos hayamos visto ya.

— ¡Estás loco! — exclamo, muerta de risa.

Él vuelve a tirar de mi brazo, y esta vez sí consigue levantarme. Mientras lo hace, pienso en Marcy. ¿Estará preocupada por mí? Supongo que sí. Pero algún día tendrá que comprender que yo también tengo derecho a tener mi propia vida. Deslizo mi vestido hasta sacármelo por la cabeza y lo dejo junto a la ropa de Colin mientras sopeso si quitarme la ropa interior o quedarme así, como estoy. Nadar de esta forma implicaría tener que volver a casa mojada y, por consiguiente, tener que dar más de una explicación.

— No... Desnúdate entera — ordena Colin con voz juguetona — , tenemos que estar en igualdad de condiciones.

Me quito el sujetador con lentitud y después deslizo mis braguitas hasta dejarlas caer. No puedo pasar por alto el hecho de que, de pronto, las partes más íntimas de Colin se han despertado. Ruborizada, procuro apartar la vista de ahí.

— Lo siento — me dice, riéndose — . Es que... Eres demasiado bonita.

Me cuesta creerlo.

Me cuesta muchísimo hacerme a la idea de que esto es real y de que Colin

Newby no es un sueño. Me cuesta asimilar que esa frase que acaba de decir no me la he imaginado y que, en dos minutos, me meteré al mar para nadar junto a él de noche.

— ¿Vamos? — pregunta, tendiéndome la mano.

La acepto y asiento.

Caminamos entre las rocas, procurando mantener el equilibrio y saltando en carcajadas cada vez que nos pinchamos los pies. Nos detenemos cuando el agua cubre lo suficiente como para poder continuar a nado.

— ¿Ves la caleta?

— ¿Quieres ir hasta ahí?

— Iremos despacio — promete — . Pero tienes que verla por dentro. Creo que... te gustará.

Al final termino contagiándome de su entusiasmo.

Colin se lanza al agua y yo le sigo muy de cerca. Tal y como ha prometido, nadamos despacio hasta las rocas que están a mitad de camino y ahí nos detenemos para descansar. Cojo aire profundamente, recuperando la respiración. Nunca he sido una buena nadadora y, para rematar, tengo verdadero pánico al mar. Siempre pienso que un calamar gigante aparecerá de la nada y me sumergirá en las tenebrosas profundidades para después devorarme. Sí, lo sé. A veces tengo tanta imaginación que me parezco a Lena. Colin me sonrío y me pregunta si todo va bien. Yo le respondo que sí mientras él se acerca a mí. La piel se me eriza al instante.

— ¿Tienes frío?

Sacudo la cabeza de lado a lado.

Pero aunque mi respuesta haya sido negativa, Colin se suelta de la roca para poder envolverme entre sus brazos. Nuestros cuerpos desnudos se rozan y un escalofrío me recorre de pies a cabeza en el mismo instante en el que comienza a besarme. Me encantan sus labios gruesos y sensuales. Me encanta la forma delicada que tiene de morder mi labio inferior, con sensualidad contenida. Me encanta su sabor. Me encanta Colin. Puedo sentir cómo me voy excitando. Y no soy la única. Su miembro duro y erecto choca contra mi piel y eso me hace arder en deseos de volver a repetir nuestro encuentro en el coche. Una de sus manos se libera de mi cintura para recorrerme la piel desnuda.

— ¿Quieres seguir nadando hasta la cueva?

— No — respondo con la voz ronca y excitada.

Siento que él no está dispuesto a ir un poco más allá, así que decido tomar la iniciativa. Bajo mi mano, recorriendo con la yema del dedo índice su vientre hasta llegar a su sexo y comienzo a masajearlo lentamente. No soy una experta ni he tenido muchas relaciones sexuales — para ser sinceros, Colin es el segundo chico con el que me acuesto —, así que espero no resultar torpe e inexperta. No conozco su historial, pero sé que, a diferencia de mí, él sí ha compartido la cama con unas cuantas — y espero que entre esas cuantas no esté Marcy —.

Rodeo su tronco con mis piernas y con la mano, le guío a mi interior. Ambos jadeamos simultáneamente mientras nuestros cuerpos se conectan. Le abrazo y él, sujeto a la roca, comienza a moverse lentamente, aupándome, para penetrarme más a fondo. Los movimientos son muy lentos y no dejamos de besarnos un solo instante. Todo da vueltas a mi alrededor; el movimiento del agua, las estrellas, la caleta de fondo, las rocas de la bahía al este... Cierro los ojos y me dejo llevar mientras él se mece suavemente sin llegar a salir ni un solo momento de mí interior. Sus manos me aprietan con más fuerza y tengo

la sensación de que está a punto de alcanzar el orgasmo. Yo también me dejo llevar y... ambos alcanzamos el clímax al mismo tiempo.

Nos quedamos de esa forma, conectados, varios minutos más. Yo cierro los ojos y apoyo la cabeza en su hombro, relajada. No importa cómo termine lo mío con Colin porque sé que, pase lo que pase, no olvidaré esto jamás.

Veinte minutos después, tiritando, consigo subir las rocas para salir del agua en la caleta. El interior parece estar oscuro, así que la idea de meterme ahí dentro no me agrada en absoluto. “Confía en mí”, me dice Colin. Y supongo que esas son las palabras mágicas y necesarias que necesitaba para armarme de valentía. Caminamos de la mano con sumo cuidado para que el suelo rocoso no nos arañe la planta de los pies más de lo necesario. Todo está tan oscuro que no veo absolutamente nada, así que simplemente me dejo guiar por él.

— Colin... No me gusta.

Tengo frío. Está oscuro y... Siento agua en los pies. La sensación es extraña y espeluznante.

— Ya casi estamos — promete.

Y unos pasos más tarde, el pasadizo rocoso de la cueva se ilumina por completo. Parece que las paredes están repletas de pequeñas lucecitas verdes que, interconectadas, brillan con mucha intensidad y se reflejan en el agua del suelo.

— Guau... — respondo, boquiabierta.

Colin sonrío, satisfecho con mi reacción mientras me envuelve en sus brazos para que no tenga frío.

— Son gusanos luminosos — explica — . De día dan bastante asco, pero de noche... Bueno, ya lo estás viendo. Tejen una telaraña y se iluminan para atraer a sus presas y capturarlas en ella.

— Es... precioso. De verdad.

No sé me ocurren más palabras para describirlo.

Una pequeña parte de mí se pregunta a cuántas chicas habrá traído a la caleta, pero decido no perderme en celos absurdos y disfrutar el instante. Creo que, en los últimos años, no he vivido. O al menos, no he disfrutado de la vida. Y ahora, de repente, aparece Colin y todo parece sacado de un cuento de hadas. Y no exagero, de verdad. Esta cueva..., no lo sé explicar. Parece que la han sacado de una película. Que es un sueño. Que no puede ser verdad.

— ¿Ha merecido la pena?

No lo dudo un instante.

— Sí, ha merecido la pena.

11

Cruzo el jardín con nerviosismo.

Puedo ver que la televisión está encendida en el salón, así que me imagino que Marcy se habrá quedado despierta para esperarme. Lo que, en resumidas cuentas, significa que ahora me viene un buen sermón. ¿Cuándo dejará de comportarse como nuestra madre?

Me tiemblan las piernas a causa del ejercicio. Hacía demasiado tiempo que no nadaba en la bahía, así que me siento derruida. Aunque, tal y como le he asegurado a Colin, ha merecido la pena. Mi cabello gotea, pero al menos tengo la ropa seca. De todas formas, tampoco tengo pensado dar más de las explicaciones estrictamente necesarias. ¿Acaso ella me tiene que dar detalles de su vida privada?

Abro la puerta y cierro con un golpe sonoro para que ella sepa que ya he llegado. Lena aparece en el pasillo, se queda mirándome y suspira.

— ¡Está aquí! — grita, supongo que para que Marcy pueda escucharla — . Ya ha llegado.

— ¿Qué pasa? — pregunto, haciéndome la tonta.

— Menuda has armado... — murmura antes de darme la espalda y caminar en dirección al salón.

Cuando entro, me encuentro a Marcy con el teléfono en la oreja. Tiene los ojos

rojos y parece haber estado llorando.

— ¿Qué pasa? ¿Con quién hablas?

— Estoy llamando al comisario Smith — me dice con el tono de voz gangoso — , llevamos toda la tarde buscándote, Alison. Pensábamos que te había pasado algo.

— ¿Qué me había pasado algo? — repito con los ojos abiertos como platos.

¿De verdad ha sido capaz de llamar a la policía? Marcy cada día está peor de la cabeza. Creo que necesita urgentemente visitar a un psiquiatra.

— ¡Maldita sea, Alison! — grita, levantándose del sofá — . ¡Le has dicho a tu compañero que solamente te ibas a almorzar! ¡Qué ibas a llevarle una lata de cola light! ¡Y no has vuelto! ¡Pensábamos que te habían secuestrado?

— ¿Secuestrado?

Marcy cambia su tono de voz...

— Sí, dígame al comisario que ya ha aparecido. Sí, sí... Está bien. Gracias. Claro. Sí. Muchas gracias...

Lena me observa con los brazos cruzados. Ella también parece estar muy enfadada.

— No puedo creer que hayas llamado a la policía.

Marcy se intenta enjugar el llanto, pero a pesar de ello las lágrimas le siguen brotando a borbotones.

— Eres una maldita irresponsable y una egoísta — me ataca con el rostro empapado y las manos temblorosas por la rabia — . Esto es cosa de Colin Newby, ¿verdad?

La reto con la mirada.

No puedo creer que vaya a meter a Colin en esto.

— No sé en qué te has convertido, Marcy... Pero prefería a la alcohólica, drogadicta y descerebrada que eras antes.

Me he pasado. Sí, lo sé.

Nada más decirlo en voz alta me he arrepentido, pero supongo que ya es tarde para rectificar. Le tiembla el labio inferior y tengo la sensación de que, si no fuera su hermana pequeña, ya se habría lanzado hace rato a mi yugular.

— Por favor, calmaros... — suplica Lena, temiendo que la situación pueda descontrolarse aún más.

Marcy camina dos pasos más contra mí y, antes de que pueda reaccionar, se abalanza sobre mi cuerpo. Yo empiezo a gritar mientras ella me aporrea con los puños. Ambas nos caemos al suelo. Lena que no sabe cómo detener a Marcy, grita de forma histérica y descontrolada.

— ¡YA VALE!

Lena se calla al instante. Marcy se detiene y yo... Yo no puedo ni respirar. Ambas levantamos la cabeza hacia papá, que vestido con un pijama, ha bajado para ver lo que estaba pasando. Creo que es la primera vez en mucho tiempo que le veo reaccionar a un problema familiar.

— Levantaros del suelo y marcharos a vuestra habitación ahora mismo — ordena, tanteando su mirada entre las tres — . ¡YA!

Ninguna se atreve a desobedecer.

Marcy se levanta y me tiende la mano para ayudarme. Yo, que aún sigo rabiosa, dudo si aceptarla o no. Pero al final acepto. Que papá haya revivido para levantarse de la cama se merece una tregua entre nosotras. Además, las

tres estamos en shock.

Todas subimos al piso de arriba, en silencio, y cada una se encierra en su habitación. Me pongo el pijama mientras decido olvidarme de este incidente y sacar el teléfono móvil por si Colin me ha escrito. Ahora sí que tiene mi número de teléfono bien anotado, así que no hay excusa posible. Pero no lo tengo. Supongo que me lo habré olvidado esta mañana en la biblioteca.

Saco el libro de Joe Byers y me dejo caer sobre la cama con un remolino de sentimientos encontrados. Por una parte, me siento plenamente feliz. Pero por otro lado, no puedo evitar cierto sentimiento de culpa por haber preocupado innecesariamente a mi familia. Y a Finn, claro. ¿Se habrá enfadado mucho conmigo?

Abro el libro de Joe y decido continuar con la lectura para relajarme. Sé que estando tan alterada como lo estoy ahora mismo conciliar el sueño será tarea imposible. Así que... ¡Allá vamos! Nancy y Joe me están esperando.

Los siguientes capítulos se desarrollan muy deprisa. Nancy y él congenian inmediatamente. En realidad, ni siquiera ella tarda mucho en darse cuenta de que es un ganador. Un triunfador. Y hacen buena pareja. Los dos son guapos y perfectos. Los dos tienen un futuro brillante y prometedor. Sé cómo funcionan las novelas de amor, así que voy pasando una página tras otra en busca de ese momento en el que todo se derrumba. Él cometerá algún error. Puede que le pille tonteando con otra chica y que ella le dejé. Entonces Joe recordará todo lo que sintió la primera vez que vio a Nancy en la universidad y decidirá reconquistarla para que la novela pueda tener su final de película. Pero no es así. Una página detrás de otra, y todo va bien. Nancy y Joe terminan la universidad y ambos consiguen dos buenos empleos. Al principio de su relación viven en un pisito, en la ciudad, pero cuando sus sueldos mejoran

deciden mudarse a un barrio residencial de las afueras. Joe sigue conduciendo su moto y Nancy se compra un Mini Cooper muy chic. Son perfectos. La típica pareja perfecta que cualquiera envidiaría. Van a fiestas, beben cócteles de diseño, veranean en la playa. Son las cuatro de la mañana y todavía estoy despierta, leyendo. Pero no puedo parar. No puedo creer que el libro vaya a terminar... así. De este modo. Que nos vaya a contar cómo la vida perfecta de Nancy y Joe culmina con una preciosa boda, sin ningún dato más. Decido que leeré un par de capítulos más y que después me marcharé a dormir. Creo que el final podrá esperar hasta mañana.

«Habíamos planeado nuestro viaje a París para aquellas vacaciones de invierno. La cena de Nochebuena la disfrutaríamos con los padres de Nancy y la comida de Navidad con mis padres. La de Nochevieja, en cambio, sería para nosotros. Ella no lo sabía, pero yo había reservado una mesa en la Torre Eiffel para despedir el año con vistas al río Sena. Nancy llevaba varios meses hablando de la boda de su amiga Karen y podía percibir en su tono de voz lo mucho que le molestaba que ella fuera a ser la primera en casarse. Llevaba días soltándome indirectas y yo, que tenía todo muy bien planeado, procuraba responder con evasivas. La torre Eiffel, las campanadas, un anillo de diamantes y la ciudad del amor de fondo. ¿Acaso existía un escenario mejor para una pedida de mano...?»

Mi despertador comienza a sonar y yo estiro el brazo para apagarlo. Tengo un nudo en el estómago y soy incapaz de contener las lágrimas mientras me esfuerzo por asimilar el final. ¿Qué clase de broma es esta? ¿Cómo ha podido el autor escribir la palabra “fin”? Joe Byers no se merecía ese final. Joe Byers no puede terminar de esa forma. Joe Byers es el protagonista... No pueden hacerle eso.

Me sueno los mocos y me retiro las lágrimas del rostro a manotazos antes de dirigirme a la ducha. La imagen que me devuelve el espejo es realmente horrible: tengo ojeras y los ojos rojos e hinchados a causa del llanto. Me meto debajo del chorro de agua caliente y me esfuerzo por deshacer este maldito nudo que el libro me ha dejado en el estómago. Es que... simplemente, no puede ser. Me recuerdo a mí misma el motivo principal por el que amo y adoro las novelas románticas: como norma general, todas tienen un final feliz. Un final perfecto. Ese que todas las chicas anhelamos para nosotras mismas.

Me visto unos shorts y una blusa celeste que marca disimuladamente mis caderas. No sé si hoy me encontraré con Colin pero decido que, por si acaso, no tentaré la suerte y me arreglaré un poco más de lo normal. Me seco el pelo y me pinto las pestañas con el rímel. Son las siete y media. Voy tarde.

Salgo escopetada de mi habitación y escucho las risas de Lena y de Marcy

entremezclarse en el ambiente. No hay gritos. Ni enfados. Ni agobios. Frunzo el ceño. ¿Por qué diablos están de tan buen humor mis queridas hermanas?

— ¿Papá? — murmuro confusa al abrir la puerta de la cocina.

Mi padre, frente a los fogones, está vestido con una camisa blanca y unos pantalones chinos. Creo que está haciendo tortitas. Me quedo helada al verle de ese modo. Se ha cortado el pelo a sí mismo y, aunque no se lo ha dejado bien, está mucho más guapo que con esas greñas de ermitaño que llevaba luciendo desde hacía casi un año. Me sonrío. Y sonrío de verdad. No es una de esas sonrisas falsas que nunca terminan de llegar a la mirada.

— ¿Con Frambuesa? — me pregunta, guiñándome un ojo.

— Sí, por favor... — le respondo, aún un poco confundida.

Me siento junto a mis hermanas. De pronto, es como si hubiéramos retrocedido en el tiempo y volviéramos a ser unas niñas pequeñas, inocentes y sin preocupaciones. Papá nos hace el desayuno y... Miro hacia el umbral de la cocina. El nudo que el libro de Joe Byers me ha dejado en el estómago me estrangula con más fuerzas mientras espero a que mamá aparezca ahí, con su camisón y su coleta de recién levantada. Ver a mi padre de este modo ha despertado sentimientos que había procurado mantener muy dormidos en mi interior.

— ¿Va a venir Adam a cenar?

Marcy asiente con la cabeza.

Creo que las tres continuamos en un profundo shock.

— Podríamos pedir unas pizzas y ver una película en familia, ¿no? Estaría bien.

— Sí, papá. Sería genial.

Me giro hacia Lena, que está muy callada. Tiene los ojos repletos de lágrimas y parece estar a punto de echarse a llorar. Papá cocina sin percatarse, ajeno a nuestra reacción. Deslizo la mano por debajo de la mesa y aprieto su rodilla de forma cariñosa. Ella me mira, apretando los labios con fuerza.

— Todo estará bien, ya verás — le prometo en voz baja justo antes de besarle la mejilla.

Tengo ganas de levantarme de la silla y de dejarle las cosas muy claras a papá. Decirle que no puede volver a formar parte de nuestra vida para, más tarde, volver a retraerse y desaparecer. Eso nos destrozaría a todas. Eso acabaría con Lena y arrastraría a la locura a Marcy.

Cuando termina con las tortitas, se sienta y desayuna con nosotras. Ninguna de nosotras se atreve a preguntar qué es lo que le ha llevado a papá a reaccionar de este modo. Simplemente, nos dedicamos a comentar las películas que hay en la cartelera y fingimos que todo vuelve a ser normal.

Salgo de casa tan tarde que dudo, incluso, de la hora a la que pasará el siguiente bus. Nunca jamás había llegado con tanto retraso a mi puesto de trabajo. Además, si a esto le sumo que ayer abandoné todo sin avisar, puedo imaginarme de qué humor debe de estar ahora mismo Finn. “Seguro que me odia”, pienso.

Treinta minutos más tarde he llegado a la biblioteca. Espero encontrármelo de morros y de mal humor, pero no. Finn me envuelve entre sus brazos y me dice que había estado muy preocupado por mí — lo que me hace sentir todavía peor —. Como no, se ha molestado en traerme un chocolate caliente y en dejármelo sobre el escritorio principal.

— Lo siento mucho, Finn — aseguro con la piel de gallina — , te aseguro que no volverá a pasar.

Es inevitable que la culpabilidad me carcoma por dentro. Jamás imaginé que ausentarme unas horas del trabajo iba a provocar semejante alboroto a mi alrededor.

— ¿Ya has terminado el libro? — me pregunta Finn un par de horas más tarde, mientras yo recoloco los libros infantiles.

Ayer hubo tarde de cuenta-cuentos y los pequeños arrasaron con las estanterías.

— Sí...

— ¿Y qué tal? — pregunta con curiosidad — . ¿Tan pastoso como me lo estoy imaginando?

— En realidad, no. No me ha gustado — murmuro, distraída, recordando esa mala sensación que me dejó — , termina muy mal.

— Que termine mal no significa que el libro sea malo.

— Este sí. De verdad.

— ¿Y has descubierto el nombre del autor? — inquiera.

— La verdad es que... No.

No hay autor, ni editorial, ni siquiera una pequeña nota al final de la historia.

Aunque dejamos el tema de Joe Byers a un lado, yo soy incapaz de sacármelo de la cabeza. Al mediodía salgo a comer y le prometo a Finn que no me retrasaré. Sé que no me lo perdonaría. Para mi sorpresa, tropiezo con Colin nada más salir del edificio. Él me sonrío con ternura y a modo de saludo me

envuelve entre sus brazos y me da un húmedo y sensual beso en los labios. Me dice que quiere invitarme a comer y yo, como no, acepto. “Tres citas”, pienso. ¿A estas alturas puedo pasar a considerar lo nuestro una relación de verdad? ¿O aún es pronto?

Charlamos de todo y de nada. Mientras me como mi ensalada cesar, Colin se dedica a acariciar mi pierna desnuda por debajo de la mesa. Me gusta. No lo hace de una forma sensual, sino con ternura. Como si se tratase de un acto reflejo que no podría contener.

—Creo que debería regresar... No puedo llegar tarde —le digo, apremiándole a terminarse el sándwich.

El asiente mientras lo devora en dos bocados.

Insiste en invitarme a comer. De pronto, tengo la sensación de que Colin quiere cuidarme, y eso me agrada. Estoy cansada de sentirme sola. Además, desde que él ha aparecido en mi vida, todo ha cobrado un nuevo sentido. Todo parece tener una razón de ser.

Nos despedimos en la puerta de la biblioteca. Él promete que mañana también vendrá a comer conmigo y eso, inevitablemente, despierta ese millar de mariposas en mi estómago. Nuestro adiós se convierte en un beso desesperado que no olvidaré en todo el día, así que cuando subo a la biblioteca irradío felicidad a distancia. Estoy tan ilusionada que incluso Finn es capaz de percibir mi cambio de humor a pesar de que yo no le haya dirigido la palabra.

Dos horas más tarde, él se marcha a casa y yo me quedo a solas para hacer el cierre de la biblioteca.

Creo que, después de la faena que le hice ayer, se merecía este pequeño detalle por mi parte.

13

Ya debería de estar de camino a casa, pero me he quedado unos minutos más para terminar de organizar la documentación de los pedidos de papelería. Estoy pasando al ordenador las facturas cuando, nuevamente, pienso en el libro. En ese maldito y horrible final. Supongo que, si supiera quién es el autor de la historia, me molestaría en enviarle un email explicándole por qué ninguna maldita editorial ha querido darle una oportunidad. ¡Por qué es horrible! Después de empatizar con un personaje durante más de trescientas páginas, esperas que ese personaje resuelva su vida de manera satisfactoria. No que termine hundido y sin futuro, destrozado y acabado. Todavía puedo recordar los escalofríos que sentía mientras leía la parte del accidente. Es espeluznante. Todo está tan bien escrito y detallado que parece real.

Guiada por un pálpito, abro el buscador y tecleo “Joe Byers” en la barra del navegador. Sé que seguramente no dé con ningún dato, pero...

— Un momento... — murmuro en voz alta, abriendo un perfil de Facebook.

Me quedo paraliza al ver la foto del perfil. Es él.

— Joe Byers... — susurro en voz baja, deslizando la yema de mi dedo por la pantalla.

Me había imaginado cómo debía de ser su aspecto en un millar de ocasiones mientras me leía el libro y para ser sinceros, no discierne el Joe Byers que

tengo frente a mí se le asemeja bastante. Vive en Eyemouth. Aquí al lado. Estudió en la universidad de Edimburgo. Y aunque tiene treinta y seis años, la imagen que veo delante de mis narices corresponde a un Joe mucho más joven. Al Joe que yo he leído. Al que fue antes del fatal accidente. Es guapo, muy guapo. Mucho más atractivo que Colin. Sus rasgos son naturales y su mirada parece traspasar la pantalla para clavarse en mí. Se me congela la imagen mientras me lo imagino a él y a Nancy, juntos, de fiesta en fiesta. Ahora es diferente. Ahora todo es mucho más real.

— ¿Eres tú mi Joe Byers? — pregunto — . ¿El mismo del libro?

Tiene que ser él, porque todo coincide.

Me meto en sus fotografías y voy pasando una tras otra. Joe y su moto; aquí están. En otra instantánea aparece con el equipaje del equipo de futbol de la universidad y no necesito buscar a conciencia para encontrar una en la que Nancy aparezca a su lado. Ahí está ella. Tan rubia, tan alta, tan delgada. Tan... perfecta. Tal y como él la describía en el libro.

Trago saliva y pulso la tecla de “enviar mensaje”. Tiene que ser él, ¿verdad? Está cerca de mí, muy cerca. Y eso explicaría cómo la novela ha llegado hasta mis manos. Además, no creo que existan muchos Joe Byers que hayan estudiado en Edimburgo. Y luego está la moto, la foto en la que va vestido con el equipaje del equipo... Todo encaja. ¿Y si él mismo ha escrito esta historia? ¿Y si ha contado cómo fue su final? O al menos, el que él considera que ha sido su final.

“He leído tu libro. Me gustaría poder hablar contigo... ¿Es posible?”

Es un mensaje muy absurdo y directo, aunque espero lograr captar su atención y que me responda.

Apago el ordenador sintiéndome extraña. Ahora que sospecho que la historia

es cierta, veo todo de un modo muy diferente. ¿Será capaz Joe de leer mi mensaje? ¿Podrá usar ordenadores? No, no tiene pinta. Si pudiera usar un ordenador sus redes sociales no estarían tan desactualizadas y la imagen de perfil sería más... más actual. Supongo.

Me levanto del escritorio, cojo el bolso y cierro la biblioteca con el cerebro funcionando a mil revoluciones. Es él. Tiene que ser él... Las páginas del accidente acuden a mi mente, torturándome. Todo está muy bien descrito. La lluvia, la rueda patinando sobre el asfalto, el dolor del golpe cuando perdió el equilibrio, la piel abrasándose al patinar sobre el asfalto, el sonido del hierro deformándose por el impacto... Tengo ganas de llorar. Intento animarme recordando que esa noche papá cenará con nosotras, pero ni siquiera eso consigue apaciguar las ganas de doblarme sobre mis rodillas para vomitar la ensalada que he comido al mediodía. Contengo las nauseas y me subo al autobús. Hoy no está Simon, sino un muchacho mucho más joven que él. No parece feliz con la tarea que está desempeñando, así que no se molesta en saludarme. No importa. No tengo ganas de fingir una sonrisa y ser agradable.

Eyemouth está muy cerca. Calculo que a una hora en coche de donde vivo. ¿Qué probabilidades hay de que todas estas coincidencias no sean más que eso? ¿Puras coincidencias? Joe Byers. La historia encaja, pedazo por pedazo.

Camino con excesiva lentitud hasta mi casa. Lo hago de forma automática, sin siquiera ser consciente de que estoy moviendo un pie detrás del otro. Cuando llego al jardín observo la luz del salón encendida. Las cortinas están corridas, pero atisbo muchas sombras al otro lado. El resquicio de alguna risa consigue cruzar las paredes hasta llegar a mí y eso, inevitablemente, adormece mi repentino estado taciturno.

— ¿Alison? — grita Lena, sacando la cabeza por la ventana de la cocina — .

¡Venga, vamos, entra! ¡Necesitamos ayuda!

Le devuelvo la sonrisa y me adentro en mi hogar contagiada con el buen humor que mi familia desprende. Es increíble. Ni siquiera soy capaz de recordar la última vez que pudimos cenar todos juntos, con papá. Me asomo al salón para saludar a papá y a Adam y después me dirijo a la cocina para ver a mis hermanas. Marcy está muy elegante. Incluso se ha puesto zapatos de tacón. Lena lleva unos shorts vaqueros y una blusa de tirantes, pero su sonrisa es el complemento perfecto.

— Es increíble, ¿verdad? — me dice Marcy con los ojos abiertos como platos.

Las dos parecen estar tan exaltadas como yo.

— ¿Sabéis qué... — comienzo, procurando encontrar las mejores palabras para expresarme — , qué le ha hecho cambiar de esta forma?

Ambas niegan rotundamente con la cabeza.

— No lo sé, Ali. Pero es increíble, de verdad — repite de nuevo Marcy.

El tono amigable de su voz me deja claro que cualquier rencor que hubiese entre nosotras ya ha desaparecido por completo. Me acerco a ellas para poder fundirnos en un profundo abrazo y, al coger aire, respiro “algo” diferente a lo que estoy acostumbrada. Respiro el aroma de un verdadero hogar.

Al principio la cena se torna un tanto extraña. Ninguno de los presentes se siente con la comodidad suficiente para poder hablar con libertad. Pero poco a poco, según avanza la velada, el ambiente se va destensando e incluso papá se atreve a bromear sobre la mala pinta que tiene el pudin de Marcy. Y la verdad es que tiene más razón que un santo: la comida que Marcy cocina está asquerosa.

— Pero está muy bueno, cariño — asegura Adam, animándola.

Lena suelta una risotada y yo aguanto la risa como puedo.

¡Qué gracioso es Adam!

Al final, consigo quitarme la mala sensación que el perfil de Facebook de Joe Bryers me ha creado y centrarme únicamente en la cena. En papá. Parece ilusionado. Nos habla de que esta misma mañana ha estado haciendo una entrevista de trabajo que le ha dejado con un buen presentimiento. Yo, internamente, rezo porque todo salga bien y que por fin mi padre pueda regresar a la vida real.

— Creo que os debo una disculpa, chicas — dice, levantándose de la mesa después del postre —, creo que estos últimos años no he sido un padre ejemplar. Bueno, mejor dicho..., creo que no he sido un padre. Aunque sea difícil de entender, quiero que sepáis que yo no he sido consciente de ello hasta que... — hace una pausa para mirar a Adam y ambos se lanzan una mirada cómplice —, hasta que hace unos días este maravilloso muchacho que tenemos en la mesa vino hablar conmigo. Entonces comprendí que me estaba perdiendo muchos momentos importantes y que mi situación había dejado de ser justificable. Lo siento de corazón, niñas.

Contengo el llanto mientras le escucho hablar, pero cuando termina el discurso soy incapaz de retener las lágrimas.

— No importa. No estamos enfadadas contigo — murmura en voz baja Lena.

— Te queremos mucho, papá — consigo decir yo.

Marcy, en cambio, se mantiene en silencio observando a Adam con el ceño fruncido.

— ¿Por qué...? — comienza, pero deja la pregunta en el aire sin ser capaz de

terminarla.

Adam suelta una risita nerviosa y se levanta de la mesa. Yo, que nunca he sido espabilada con estas cosas, necesito unos segundos más que el resto para comprender qué es lo que está pasando.

— Marcy Grove, sé desde hace mucho tiempo que tú eres la mujer de mi vida. Creo que nunca lo he dudado... Y aunque las cosas nunca han sido fáciles, quiero seguir esforzándome el resto de nuestras vidas porque siempre seas feliz. Marcy... — susurra con un hilillo de voz Adam mientras se arrodilla frente a ella — , ¿quieres casarte conmigo?

Lena suelta un grito histérico. Papá salta en carcajadas impacientes. Y yo me quedo muda observando cómo Adam saca un anillo de una preciosa caja de joyería y se lo pone en la palma de la mano. Me giro hacia Marcy para ver su reacción y no me sorprendo al encontrármela petrificada.

— Adam tiene mi consentimiento, si es eso lo que te preocupa — se ríe papá.

Nosotras también nos reímos con nerviosismo mientras Marcy sigue sin responder, callada.

— ¡Vamos, Marcy, di que sí! — la anima Lena.

Me doy cuenta en ese instante de que mi hermana mayor parece a punto de echarse a llorar. Y aunque nadie más se percata, yo puedo ver la confusión en su rostro. No está... feliz.

— ¿Marcy? — apremia Adam con el anillo aún en la mano mientras su sonrisa comienza a desvanecerse del rostro.

— No... No puedo... — tartamudea.

Todos la miramos, pero ella se da la vuelta y echa a correr al pasillo. Estamos

tan petrificados asimilando la respuesta que no somos conscientes de que ha salido de casa hasta que escuchamos la puerta cerrarse de un portazo. Adam respira hondo y, aguantando la compostura, se levanta del suelo.

— Es por la impresión — asegura mi padre, propinándole unas palmaditas de ánimo — . Cambiará de opinión, ya verás.

Adam duda. Parece muy herido.

— ¿Está seguro?

Papá resopla, se encoge de hombros y le pregunta si quiere un whisky. Lena, que parece tan confundida como Adam, se vuelve a sentar en la mesa con el rostro descompuesto. Y yo...

— Creo que voy a salir a buscarla, ¿vale?

Los tres me miran sin responder y me tomo en silencio sepulcral del ambiente como un “adelante”.

La noche no es fría, así que no me arrepiento de haber salido sin chaqueta al exterior. Empiezo a caminar sin ningún rumbo, preguntándome hacia donde podría haberse dirigido mi hermana, hasta que al final se me ocurre que quizás se haya escondido en la cabaña del bosquecito.

Justo al final de nuestra calle hay un pequeño bosque que, tiempo atrás, el ayuntamiento amenazó con derruir para la posterior construcción de un centro comercial. Los vecinos armaron tal revuelo que el concejal vigente decidió enterrar el proyecto al fondo de un cajón. Nosotras nos alegramos muchísimo, ya que ese bosquecito había sido el parque de juegos de nuestra infancia.

Está oscuro. De noche no hay farolas que iluminen la zona. Pero tampoco me importa, porque he pasado tanto tiempo correteando entre estos árboles que conozco cada roble y haya perfectamente.

Aún no estoy muy cerca de la cabaña, pero incluso a esta distancia puedo distinguir una pequeña luminiscencia en su interior. Sonrío. Marcy puede llegar a ser extremadamente predecible.

— ¿Marcy? — pregunto antes de comenzar a subir las escaleras del tronco.

Mi hermana mayor asoma la cabeza y suspira.

— Vete a casa, Alison... Quiero estar sola.

La ignoro y termino de trepar hasta arriba.

El pinchazo de dolor me atraviesa el cuerpo cuando apoyo la rodilla magullada sobre la madera del suelo. Marcy me fulmina con la mirada y yo le sonrío con complicidad.

— No quiero molestarte — aseguro.

— Pues molestas.

Suspiro hondo y me siento a su lado.

Tiene la nariz y los ojos enrojecidos, así que supongo que lleva llorando desde que se ha marchado.

— ¿Me vas a contar por qué le has dicho que no? Sé perfectamente que quieres mucho a Adam.

— ¿Por qué te importa tanto? Pensaba que me odiabas.

Le doy un codazo juguetón para destensar el ambiente.

— Eres mi insufrible hermana mayor, claro que te odio — bromeo, sacándole una sonrisa fugaz.

Ambas nos quedamos en silencio.

Sé que, cuando esté más relajada y preparada me contará qué es lo que se le

está pasando por la cabeza. Así que no insisto y dejo que Marcy marque los ritmos. Escucho el ulular de un búho que debe de rondar en alguna rama cercana. Pero por lo demás, el ambiente está tranquilo. Incluso los animalillos del bosque parecen concederle a Marcy una tregua de paz. Treinta minutos después, apoyo la cabeza sobre su hombro y me permito cerrar los ojos para descansar.

— No puedo dejaros — susurra en voz tan bajita que no sé si la he escuchado de verdad o si ha sido producto de mi imaginación.

— ¿Qué?

— Que no puedo abandonaros... No puedo irme.

— ¿Alguien ha hablado de echarte de casa?

Marcy suelta otra risita.

— No puedo irme a vivir con Adam, de verdad que no. Lena va a ir a la universidad, papá acaba de empezar a recuperarse y...

— ¿Y qué?

— Y que tampoco quiero separarme de ti, Ali. Eres la única persona que ha estado a mi lado todos estos años...

Esa confesión me pilla por sorpresa.

— Bueno, también han estado Lena y Adam.

— Por mucho que Adam haya estado a mi lado, nunca sabrá que es perder a una madre del mismo modo que nosotras la hemos perdido. Y Lena era demasiado joven como para ser consciente de la gravedad de los problemas que teníamos en casa. Solo te he tenido a ti... Solamente has estado tú.

Trago saliva mientras los ojos se me comienzan a encharcar. Nunca imaginé que Marcy pensase de ese modo.

— Tú dejaste la universidad, empezaste a trabajar, estuviste día y noche conmigo y con mamá... No sé cómo habríamos salido adelante sin ti, Ali. Aún trabajando veinticuatro horas diarias, mi sueldo jamás habría alcanzado para pagar todas las facturas que llegaban a casa a fin de mes. Y si tú no me hubieras ayudado a cuidar de Lena, sino hubieras sacrificado tus estudios para trabajar...

Ella deja la frase en el aire y yo, que tengo el corazón encogido de amor, me giro para estrecharla entre mis brazos en un repentino impulso.

— Ahora todo está bien, Marcy. Seguiremos apañándonos... Además, casarte con Adam no significa que vayas a poder escapar de nuestras garras. Te lo aseguro.

Ella sonrío. Es una sonrisa triste, pero no importa.

— Vámonos a casa. Estarán preocupados — me dice, levantándose del suelo.

Yo asiento, conforme.

— Sí, seguro. Tú ya habrías llamado a la policía.

Marcy suelta una risita y antes de comenzar a descender por las escaleras del tronco, se disculpa. Creo que es la primera vez que nos desnudamos de esta forma la una ante la otra, y la verdad, me ha servido para ver a mi hermana de un modo muy diferente.

Cuando doblamos la calle, nos encontramos de bruces con Lena y papá en el jardín, despidiéndose de Adam. No estoy lo suficiente cerca de él como para poder diferenciar la expresión de su rostro, pero mi intuición me dice que el

pobre chico está abatido. Marcy se queda paralizada y yo le doy un pequeño empujón para que siga caminando.

— Ve a hablar con él, por favor — la animo.

Ella asiente y con paso lento, echa a caminar en su dirección.

Yo, en cambio, me dirijo hacia mi familia para permitirles tener un poco de intimidad. Mientras ellos charlan, papá nos sujeta a ambas de la mano.

— ¿Qué pensáis que está pasando entre esos dos? — nos pregunta en un susurro.

Pero antes de que podamos responder algo, Marcy levanta su brazo en alto y Adam grita, con todas sus fuerzas que “¡ha dicho que sí!”. Nosotros nos acercamos a ellos para darles la enhorabuena y, unos instantes después, papá le propone a Adam tomar otro whisky.

— Esta vez para celebrarlo — añade con una sonrisa de oreja a oreja.

Nuestra nueva rutina me gusta. Y me gusta mucho, en realidad.

Dos días después del resurgir de nuestro padre — así hemos decidido bautizar la mañana en la que decidió volver a la vida real —, recibimos una inesperada noticia por su parte: regresa al trabajo. No obtuvo el éxito que había deseado en la entrevista, pero su antiguo jefe se apiadó de su situación y decidió reincorporarlo a la empresa. Eso sí, tiene que comenzar a escalar puestos desde lo más bajo.

Me despierto con el tiempo justo para vestirme y bajar a desayunar, pero inconscientemente me entretengo más de la cuenta maquillándome. Mi almuerzo diario con Colin se ha transformado en una costumbre diaria, así que cada día procuro cuidar mi imagen un poco más de lo que solía hacer.

Después de cepillarme las ondas de mi cabello, me bebo el zumo de naranja de un trago y me despido de papá con un grito sonoro que se escucha en toda la casa. Tengo que correr para llegar a tiempo a la parada, pero finalmente consigo subirme al autobús. Simon no está. Supongo que debe de haberse cogido vacaciones, lo que no me extraña en absoluto. En todos estos años, es la primera vez que le veo ausentarse de su puesto de trabajo.

Después de coger dos chocolates calientes en el puesto ambulante de Madeleine y de comentar la ola de calor que amenaza con arrasar el norte,

subo a la biblioteca donde Finn me está esperando.

— Hola, Alison — me saluda de forma gruñón.

Desde que mi relación con Colin es un hecho real, Finn se ha transformado en un antipático. Supongo que con el tiempo terminará por acostumbrarse y volverá a ser el de siempre. O, al menos, eso espero.

A media mañana recibo un mensaje de Colin donde me dice que hoy no podrá venir a almorzar conmigo. Al parecer, la oficina está hasta arriba de trabajo y le ha prometido a su padre que no se marcharía hasta terminar de revisar los casos pendientes. Como no tengo quién me acompañe, termino almorzando una ensalada cesar en solitario — lo de la ensalada sigue siendo un modo de compensar el chocolate matutino — . Y el hecho de poder quedarme conmigo misma a solas hace que mi mente vuelva a pensar en Joe Byers. Algunas noches aún sueño con esas últimas páginas en las que se describía tan detalladamente su accidente y me despierto empapada en sudor en plena madrugada. Y supongo que, lo peor de todo, es saber que no es fantasía. No es ficción. Existe. Joe Byers es un chico de carne y hueso que lo perdió todo y que tan solamente vive a una hora de mí. Cincuenta malditas millas.

Una idea fugaz cruza por mi mente en el mismo instante en el que recibo un segundo mensaje de Colin; “¿nos vemos esta noche? Tenemos unos espaguetis del Tiziano pendientes.” Soy consciente de la cara de idiota enamorada que debo de tener mientras respondo un “me encantaría”. Y después no vuelvo a pensar en esa loca idea hasta un buen rato más tarde, cuando ya he regresado a la biblioteca. Me estoy encargando de organizar la balda de libros de ciencia ficción y me vuelvo a repetir la pregunta a mí misma: “¿y si cojo el coche y me planto en Eyemourth?” Si lograra encontrar a Joe Byers, ¿qué le diría?

Él no sabrá quién diablos soy yo y corro el riesgo de que se piense que soy

una morbosa sin escrúpulos. Pero una parte de mi no puede contener la curiosidad. Le conozco. He leído, pensado y vivido su vida. Su día a día. Aunque pueda sonar incomprensible, Joe Byers es, en el fondo, un amigo para mí. Alguien muy cercano. Supongo que es algo que siempre suele pasarme cuando termino un libro; hay personajes de los que me enamoro, otros que odio y otros que me gustaría asesinar lentamente con mis propias manos. Bueno, quizás esté exagerando. Pero estoy convencida de que cualquier lector real sabrá de lo que estoy hablando. ¿Y si descubres que ese personaje con el que has llorado, has reído y te has emocionado es de carne y hueso? ¿Y que vive muy cerca de ti? ¿Cómo contener el impulso de coger el coche y aparecer en su casa?

— No sé su dirección...

Dejo los libros de ciencia ficción a un lado y me voy a las guías de información locales. Eyemouth es un pueblo pesquero muy pequeño, así que si ha regresado a casa de sus padres no será muy difícil dar con él. ¿Cuántas familias con el apellido Byers puede haber en una misma localidad?

Saco todas las guías de los estantes y comienzo la búsqueda. Finn me mira desde la otra esquina con descarado interés, pero no se acerca hasta mí. Supongo que su repentino enfado no le deja actuar con la misma normalidad de siempre.

— Y... aquí están.

Tal y como sospechaba, solamente hay una familia con el apellido Byers en todo el pueblo de Eyemouth. Trago saliva y cierro ojos, intentando decidir si lo que voy a hacer es una locura o no.

— ¿Finn? — pregunto en un grito mientras garabateo la dirección en mi bloc de notas.

Él levanta la cabeza, pero ni siquiera se molesta en responderme.

— ¿Podrías encargarte de la biblioteca mañana? Tengo algunas cosas importantes que hacer.

Titubea unos segundos que se me antojan eternos, pero finalmente añade un pasivo “lo que tú quieras” antes de regresar a la tarea que tiene entre sus manos.

Si he podido convencer a Finn, supongo que pedirle el coche a Marcy será pan comido, ¿no?

Mientras cenamos en el Tiziano, Colin me habla de sus amigos. A estas alturas del verano ya han regresado todos de la universidad, así que planean juntarse en las fiestas locales para salir en cuadrilla. Me pregunto si contarme todo esto es una especie de forma de pedirme, indirectamente, permiso para salir. Y, aunque no lo veo necesario, me hace ilusión. Que Colin valore mi opinión me hace sentir que lo nuestro es igual de importante para ambos.

— Supongo que será una noche tranquila — me dice — , yo ni siquiera tengo pensado beber alcohol...

Sonrío y le escucho en silencio.

Está guapísimo. Se ha puesto un polo verde y unos pantalones vaqueros que le quedan de maravilla. Aunque en realidad a él todo le queda rematadamente bien —¡ qué injusticia! —.

Después de la cena nos acercamos hasta la desembocadura del río AIn y paseamos de la mano con el atardecer de fondo. Estoy tentada de explicarle el absurdo plan que he ideado para mañana, pero decido guardar silencio. Algo en mi interior me dice que no aprobaría dicha clase de aventura. Sí, lo sé. Incluso a mí me parece una locura descabellada. Voy a conducir una hora para visitar una casa en la que, quizás, ni siquiera viva nadie. Incluso cabe la posibilidad de que los registros estén desactualizados y que la propiedad se haya vendido a otras personas. O, también, podría darse el caso de que Joe Byers, finalmente, falleciese. Cuando terminé el libro no me quedó muy clara

la calidad de vida que Joe podría tener en un futuro. Un escalofrío me recorre la columna vertebral, haciéndome tiritar. Colin me pregunta si tengo frío, y aunque le digo que no, él me envuelve en un abrazo antes de sincronizar su paso con el mío para que podamos seguir caminando de ese modo.

Le miro a los ojos y me siento tan afortunada, que duele. Unos años atrás Colin Newby no era más que un sueño. Una figura inalcanzable.

— ¿En qué piensas? — me pregunta, inspeccionándome con una sonrisa.

El cielo cada vez está más anaranjado y los únicos paseantes somos nosotros y el corriente de agua que navega a través del río. ¿Por qué soy incapaz de hacerme a la idea de que esto es real? ¿De qué yo también me merezco mi maldito cuento de hadas?

— No lo sé — murmuro en voz baja.

Nuestro entorno está tan tranquilo que no quiero romper la magia con mi voz. Colin me mira con curiosidad.

— ¿Sabes? Es la primera vez que salgo con una chica como tú — me dice, haciendo que me sonroje al instante — . Tan... real. Eres única, Alison. Las novias que he tenido hasta ahora solían hablarme de la manicura, de su nuevo corte de pelo, de los reality shows de la televisión y de los escándalos de sus actrices favoritas.

— ¿Con qué clase de chicas has salido hasta ahora? — pregunto de forma retórica con una risita juguetona.

En realidad sé muy bien cuál es la respuesta a mi pregunta. Él finge avergonzarse y dibuja un puchero infantil que se me antoja irresistible.

— Tú en cambio pareces de otro planeta — asegura de forma cariñosa — , y a veces ni siquiera yo soy capaz de entender lo que dices. Libros, música,

cine... Te gustan cosas muy diferentes.

— ¿Y eso es malo?

Colin se detiene y me señala un banco para que nos sentemos.

— No, supongo que eso es lo que ha hecho que me enamore de ti.

¿Colin Newby está... enamorado de mí?

Últimamente me despierto con la extraña sensación de que nuestras vidas, poco a poco, están volviendo a encauzarse. Es como si después de la pérdida de mamá hubiéramos necesitados un margen de tránsito para volver a tener una normalidad. Y aunque es extraño, tengo la sensación de que ahora nos irá bien. Muy bien.

Extiendo la frambuesa por la tostada mientras Lena y Marcy charlan con papá sobre la ola de calor que dicen que está próxima a llegar. Yo, mientras tanto, intento encontrar el momento oportuno para pedirle el coche a Marcy sin tener que dar demasiadas explicaciones.

— ¿No estás muy callada, Ali?

Levanto la cabeza del plato para mirar a Papá. Está vestido con unos vaqueros y un polo blanco que, tiempo atrás, le quedaba mucho más ceñido al cuerpo. Desde que mamá falleció ha debido de adelgazar al menos quince kilos, así que casi toda la ropa le queda muy ancha.

— Aún estoy adormecida — miento — . Marcy, quería pedirte un favor...

Mi hermana mayor frunce el ceño y guarda silencio a la espera de que yo continúe.

— Tengo que ir a Eyemouth a recoger un pedido de libros que tienen para nosotros en la biblioteca local. ¿Podrías dejarme el coche?

— ¿Y por qué tienen en Eyemouth un pedido para vosotros? — pregunta antes de comenzar a mordisquear la galleta que tiene en su mano como si fuera una ardilla hambrienta.

— El repartidor se equivocó al entregar el paquete y ahora los de Eyemouth no quieren enviárnoslo si no pagamos los portes — miento.

E incluso yo me sorprendo de lo buena que es mi mentira.

— ¿Y por qué no lo reclamáis a la compañía de transportes?

Resoplo, fingiendo exasperarme con el asunto.

— Porque solamente en tramitar una reclamación pueden tardar un mes y no hay un plazo fijo para recibir una respuesta, así que puedes imaginarte lo lento que van esas cosas...

— Ya — me dice, sin darme ninguna respuesta.

— ¿Me vas a dejar el coche o tengo que ir en autobús?

Papá y Lena nos miran fijamente. Supongo que a pesar de nuestra tregua aún se puede percibir cierta tirantez entre nosotras.

— Tengo que estar en la cafetería a las seis y media — me responde de mal humor, dejando claro que no le hace ninguna gracia prestarme su coche — , ¿estarás de vuelta para esa hora?

Asiento.

— De sobra.

Marcy saca las llaves y las deja sobre la mesa mientras papá añade que “es estupendo ver lo bien que nos llevamos”. Aunque estoy deseosa de engullir la tostada para salir volando de casa, me contengo. Marcy suele ser muy

perspicaz con las mentiras, así que me esfuerzo por disimular. Cuando termino, estiro el brazo para recoger las llaves pero ella las aparta de un manotazo.

— A las seis te quiero en casa — me repite con seriedad.

— A las seis. Prometido.

Marcy libera las llaves y yo las atrapo entre mis dedos.

Diez minutos después ya estoy en el coche con el GPS activado. Meto la dirección de la familia Byers y el aparato me indica que tengo una hora y cuarto de trayecto. Nerviosa, me pongo en marcha. Como no estoy acostumbrada a conducir, modero la velocidad y me incorporo a la autovía por el carril de los más lentos. No tengo prisa. Marcy no necesita el coche hasta la tarde, lo que implica que, incluso, podría comer en Eyemouth. Me imagino sentada en una cafetería con Joe Byers a mi lado y el sentimiento que me invade es extraño. Es abrumador. Sé que corro el riesgo de que me tome por una chiflada, pero tengo que intentarlo. Ese maldito libro se me ha metido en la cabeza y sé que no podré olvidarme de él sin hacerlo real.

Media hora después, el calor infernal que se apodera de todos los rincones ingleses se hace notar en el interior del vehículo. Bajo las ventanillas para que el aire corra de lado a lado a falta de aire acondicionado. Tengo que decirle a Marcy que a este trasto ya le ha llegado la hora de jubilarse.

Poco rato después, el cartel de bienvenida de Eyemouth aparece en la carretera, frente a mí. El GPS me indica que la casa de los Byers está en una zona residencial de las afueras, así que cojo la carretera secundaria que rodea el pueblo para no tener que cruzar el centro ni el puerto marítimo.

El corazón me palpita con fuerza cuando el aparato me dice en voz alta que ya he llegado a mi destino. Desconecto el GPS sin antes no olvidarme de borrar

el historial de búsqueda y vuelvo a guardarlo en la guantera. Antes de salir, respiro muy hondo y procuro decidir de ante mano cómo me presentaré ante Joe. ¿Y si ya no vive ahí? ¿Y si ha rehecho su vida? ¿Y si esa no es la residencia de su familia? ¿Y si esos Byers no tienen nada que ver con los Byers que yo estoy buscando? Son muchas preguntas y no obtendré respuestas hasta que me arme de valor y me acerque a la vivienda.

El barrio residencial es muy bonito. Son chalets adosados de dos plantas y un garaje, todos iguales. Están pintados de amarillo y azul, dotando al entorno de un aire costero y vacacional. Supongo que si esta fuera mi residencia habitual el color terminaría casándome con rapidez, pero para una mera visita resulta agradable y peculiar.

Cruzo el jardín con el desayuno revuelto en mi estómago y, con los nervios a flor de piel, toco el timbre. Me froto las manos mientras espero pacientemente. Un minuto. Dos. Estoy a punto de darme la vuelta y desaparecer cuando percibo un sonido del interior, así que decido esperar un poco más. Al final, escucho cómo alguien desliza los cerrojos al otro lado de la puerta, justo antes de que se abra y una mujer de bastante edad aparezca en el umbral. Calculo que rondará los setenta o los setenta y cinco años. Tiene el pelo rubio, aunque claramente se ve que es un tinte. Tiene los ojos claros y, aunque ya luce bastantes arrugas, la forma de su rostro es armónica.

— ¿Es usted la señora Byers?

Cuando asiente lentamente, parece cansada. Al menos, ésa es la sensación que me da. Le dedico una sonrisa amistosa antes de arriesgarme a preguntarle por Joe.

— ¿Eres amiga de mi hijo? — murmura con el ceño fruncido — . Pareces muy joven para ser amiga suya.

Joe debe de tener unos diez años más que yo.

— Es un poco complicado — admito, sin borrar mi amistosa sonrisa — . Trabajo en la biblioteca de Alnmouth y hace unas pocas semanas recibimos su libro. Lo leí y su historia me marcó mucho, así que me encantaría poder hablar con Joe y conocerle personalmente — explico, decantándome por la verdad.

Su madre duda unos instantes pero, finalmente, se hace a un lado y me deja pasar al interior.

— No creo que Joe quiera hablar contigo... — murmura, pero se detiene procurando recordar mi nombre.

— Alison — me presento por primera vez.

— Alison — repite con un suspiro — , a Joe no le gustan las visitas, pero intentaré que baje a hablar contigo — me dice, señalándome el salón — . Puedes sentarte y esperar.

— Sí, claro — murmuro, tomando asiento con timidez.

La señora Byers desaparece por un pasillo y yo me quedo donde estoy, en silencio, con las piernas cruzadas. Escucho cómo sube las escaleras al segundo piso y después no consigo percibir nada más.

Observo mi entorno. El salón está decorado de forma sencilla y minimalista. Hay dos sofás en forma de L y una chimenea frente a ellos, con un gran televisor justo encima. No hay más muebles y el centro del salón está totalmente despejado. Las cortinas son blancas y sencillas, sin nada que destacar. Enfoco mi vista hacia las fotografías que hay sobre la repisa de la chimenea; en muchas de ellas aparece Joe. En la universidad, vestido de traje con un maletín o jugando al fútbol cuando no era más que un niño. Puedo distinguir que en una de las instantáneas aparece con una chica rubia que yo

identifico como Nancy Williams, pero tampoco puedo estar segura de ello.

— ¿Alison? — me llama la señora Byers desde la lejanía.

Me levanto del sofá y me asomo al pasillo. Ella, que está en lo más alto de las escaleras, me indica con una mano que puedo subir y me señala la habitación de Joe.

— Te está esperando — murmura en voz baja.

Me planto frente a la puerta y golpeo un par de veces con los nudillos, pero la señora Byers sacude la cabeza y me indica que pase al interior. Y lo hago.

Cuando abro la puerta, le veo. Es Joe. Es mi Joe. El mismo Joe con el que he reído y llorado durante largas horas. Es rubio, ojos azules, alto, guapo. Está más mayor que en las fotografías, pero aún así sigue desprendiendo ese aire que caracteriza a los hombres atractivos.

— Hola... — susurro con timidez — . Soy Alison... — trago saliva, sin saber cómo continuar — , quería hablar contigo sobre tu libro.

Joe está sentado en la cama con las manos sobre su regazo.

Tiene la mirada perdida en algún punto de la pared. Parece tranquilo, aunque la pierna le tiembla descontroladamente delatando que solamente se trata de una apariencia. La habitación está amueblada y decorada del mismo modo que, seguramente, lo estuvo en su adolescencia. Hay posters de un equipo de baloncesto en una pared, coches en miniatura sobre las repisas y una pequeña replica de una Harley Davidson antigua sobre su escritorio. Junto a la motocicleta está la máquina de escribir con la que, supongo, dio vida a su libro.

— ¿Cómo lo has encontrado?

Su voz es áspera y mucho más tensa de lo que yo la había imaginado. Me mantengo de pie, frente a él, sin saber muy bien cómo actuar.

— Apareció en la biblioteca en la que trabajo — respondo, imaginándome que se refiere al libro.

Joe asiente en silencio, pensativo.

Intento encontrar en su aspecto algún rasguño o cicatriz que el accidente de moto le dejase, pero no atisbo nada extraño. Él, a pesar de su discapacidad, es atractivo. Igual de atractivo que era antes. Supongo que Nancy Williams fue una verdadera estúpida dejándole de lado.

Joe se levanta y camina hasta el escritorio. Su mirada sigue fija en el frente mientras desliza sus dedos por la máquina de escribir.

— ¿Te gustó?

— Me pareció triste.

Una sonrisa nostálgica se dibuja en su rostro.

— ¿Y por qué has venido?

— Yo... quería conocerte.

— Así que eres una de esas chicas morbosas, ¿no? Quieres saber cómo me quedé después del accidente.

— No, no es eso... — aseguro mientras Joe vuelve a sentarse en la cama — . Yo... Solamente quería conocerte. Me ha gustado mucho cómo... cómo lo has escrito. Eres bueno.

Joe parece sorprendido.

— ¿Te parezco buen escritor?

— Sí — aseguro con timidez.

— Las editoriales no pensaron lo mismo. Es más, creo que pensaron todo lo contrario.

Joe se pasa la mano por el cabello, revolviéndoselo. La verdad es que el gesto me parece muy sexy y atractivo. A pesar de su edad, sigue manteniendo unos rasgos muy infantiles.

— El final no es el que uno espera... Y eso choca.

— Pero la vida no siempre tiene el final que uno espera — explica, y al decirlo parece a punto de echarse a llorar.

Quiero responderle que ése no fue su final, pero en lugar de hacerlo guardo silencio. Se me encoge el corazón al ver lo derrotado y hundido que está. Puedo sentirlo. Sé quién es. Le conozco aunque él no sepa absolutamente nada de mí.

— ¿Cómo... cómo ocurrió?

— ¿Qué quieres saber exactamente, Alison? — pregunta con la voz seria, mirándome.

Vuelvo a tragar saliva y comienzo a frotarme las manos de esa forma histérica en la que suelo hacerlo cuando estoy de los nervios. Como no digo nada, Joe continúa hablando.

— Supongo que habrás leído el final, ¿no?

— Sí.

— ¿Entonces qué es lo que quieres saber? — repite de nuevo — . Creo que está bastante bien explicado.

— Lo está... — murmuro, y al hacerlo me pregunto si no será verdad eso que ha dicho Joe. Si no seré una de esas morbosas chicas que únicamente quieren escuchar de su propia boca cómo sucedió. Cómo se destruyó su vida en un segundo.

¿Por qué estoy aquí en realidad? ¿Qué me ha atraído hasta él?

— Pues eso fue lo que ocurrió, tal y como está escrito. Nadie tuvo la culpa, simplemente fue el destino que me tocó — me dice, apretando la mandíbula al hablar — . Regresaba a casa para reunirme con Nancy, aunque ni siquiera tenía prisa por llegar. No iba rápido. Había pedido comida china para llevar y tenía que hacer una parada para recogerla, pero iba bien de tiempo. — me explica con excesiva rapidez, como si hubiera pensado en esa explicación demasiadas veces — . Y entonces sentí las primeras gotas de lluvia... Recuerdo que las noté muy, muy frías. Congeladas. Se me erizó la piel y tuve un mal presentimiento... Por esa razón disminuí aún más la velocidad — me dice, sumergido en sus recuerdos mientras yo rememoro ese pasaje de la novela — . Pensé en parar la moto. No sé por qué razón, pero pensé en hacerlo. Había conducido un millar de veces con lluvia y nunca jamás había experimentado ese presentimiento de peligro... Esa sensación de que algo malo iba a pasar.

Se me forma un nudo en el estómago. Quiero pedirle que detenga el relato, pero no puedo pronunciar ni una palabra porque mi voz se ha desvanecido en el interior de mi garganta.

— Es curioso, pero fue como si todo transcurriera a cámara lenta. Pude sentir cómo la rueda trasera derrapaba. Fue como si la motocicleta fuera una extensión de mi propio cuerpo. Como si yo mismo me hubiera tropezado al caminar. El manillar comenzó a temblar con fuerza y perdí el control por

completo. Empecé a caer... Sentí el pánico corriendo por mis venas mientras el asfalto comenzaba a abrasar mi chaqueta, mi pantalón y, un poco más tarde, mi piel. El primer golpe en la cabeza me dejó aturdido. Pude sentir la presión del casco mientras cedía al golpe. Después lo vi salir disparado. La moto también... Parecía que una fuerza invisible nos había expulsado en direcciones distintas...

— Joe... — murmuro con lágrimas en los ojos — , no sigas... Ya lo leí.

— Sé exactamente en qué momento perdí mi vida. Lo sentí. Puede que unos segundos después perdiera el conocimiento, pero cuando ocurrió aún estaba despierto. Aún podía sentir. Aún podía ver — murmura con los ojos empañados, ignorando mi petición — . ¿Quieres saber lo que dijeron los médicos?

Me muerdo el labio, temblorosa, mientras le veo ahí sentado. Todavía puedo recordar ese pasaje en el que Nancy y él se marcharon de viaje a París. O ese otro en el que comenzaron a organizar la boda de sus sueños. O su primer ascenso en el trabajo. O aquel año en el que se graduó en la universidad y su madre le regaló un Rolex. Inevitablemente, mis ojos también terminan empañándose. ¿Cómo no voy a conocerle bien si sé cada detalle de su pasado? Supongo que su vida podría haber continuado de un modo muy diferente si aquel día no hubiese decidido subirse a la moto o si, tal y como ha dicho, hubiera parado en el arcén. Nancy y él se habrían casado y seguirían viviendo en Edimburgo. Joe habría ascendido año tras año en el trabajo y al final su jefe le habría otorgado un buen puesto. Quizás el de gerente. A estas alturas, Nancy ya estaría embarazada. Seguro.

— Los médicos dijeron que el problema fue que el golpe lo recibí en la nuca y que el casco no estuvo para protegerme. Tuve mala suerte, ¿sabes? Si

solamente se hubiera visto afectado el lóbulo occipital izquierdo, habría perdido la capacidad de leer. Si hubiera sido el derecho, no habría podido volver a distinguir los objetivos en posiciones distintas... Como una mesa al revés — se ríe — . Habría sido una putada, pero todavía con esas hubiera sido afortunado, ¿no crees? Pero supongo que no pudo ser. La suerte no estuvo de mi parte... Fueron los dos, el izquierdo y el derecho — me dice, sonriendo con tristeza — . Ceguera cortical, le llaman... Y suena mejor de lo que es.

Abro la boca para responder, pero vuelvo a cerrarla sin decir nada. Sigo sin poder pronunciar palabra. Me estoy acordando del capítulo en el que Joe se despierta en el hospital y Nancy y su madre están ahí, esperándole. Ese día en el que se da cuenta de que se ha quedado ciego. Todo son lágrimas; de tristeza y de alegría. Está vivo, pero ciego. Nancy le jura que pase lo que pase, siempre estará a su lado para cuidarle. Y entonces él la cree. Todo parece tener solución hasta que un mes después, recibe el alta del hospital y ella comprende que tener a un ciego a su cargo no es tan fácil como pensaba. Joe no puede moverse solo, ni comer, ni hacer la cama, ni siquiera ducharse. No está acostumbrado a guiarse por el resto de sus sentidos así que las primeras semanas se convierten en una tortura. Hay un capítulo en el que Joe cuenta que, al despertarse, sintió auténtico terror. Tenía la sensación de que lo habían encerrado en un agujero oscuro del que no había escapatoria, pero en realidad ese agujero era su mente. Su cuerpo estaba en la cama, junto a Nancy. Gritó y lloró, desesperado. Y aunque nunca lo supo a ciencia cierta, Joe creyó que aquel día Nancy decidió que no quería jugar a médicos y pacientes durante más tiempo.

— Perdí a mi prometida — me dice — , perdí mi trabajo, perdí mi casa, perdí mi independencia y perdí mi vida.

— No. No perdiste tu vida — le corrijo, armándome de valor — . Perdiste

mucho, pero aún tienes muchos años por delante.

Sacude la cabeza y se levanta de la cama. La habitación es pequeña y puedo presentir que Joe la conoce muy bien, ya que se mueve con comodidad en su interior. Avanza un paso hacia mí y se detiene tan cerca de mi rostro que puedo sentir su aliento al respirar. Me mira, pero no me ve.

— ¿Eres guapa, Alison?

Yo no respondo.

Por primera vez me percato en su forma de vestir; los vaqueros que lleva están muy desgastados y el cuello de su camiseta está levemente cedido. Es antigua. Me pregunto hace cuánto que no se comprará ropa nueva...

— Sí, seguro que eres muy guapa — me dice — , y pareces lista. Con un futuro prometedor por delante.

— Joe... Solamente quería conocerte — le digo, sintiéndome muy intimidada — , y ver quién estaba detrás de esta historia. Es buena, de verdad. Deberías cambiarle el final y volver a probar suerte... Creo..., creo que las cosas son diferentes a cómo las percibes tú.

— ¿Y cómo son?

— Estás vivo — murmuro en voz baja — , y eso es mucho más de lo que a otros muchos les ha tocado.

Pienso en mamá mientras una lágrima recorre de forma sigilosa mi mejilla. El maldito cáncer no se llevó su visión, sino que la mató.

— A mí me gustaría estar muerto.

Le miro fijamente. Él sigue plantado frente a mí. Desvío la mirada a un lado, procurando esquivarle aunque sé muy bien que no me ve. Por primera vez

desde que he llegado, me fijo en que las teclas de la máquina de escribir están grabadas en braille y no puedo evitar recordar lo que Finn me dijo al descubrir su novela: “hay que ser muy romántico para escribir un libro a máquina”. Eso o no tener más remedio que hacerlo así, claro.

— No digas eso, Joe... Tú no eres así.

Y nada más decirlo, me arrepiento.

Sé que solamente le conozco desde hace unos minutos, pero el hecho de haber leído su libro me hace verlo todo de una forma muy distinta. Él... Tan luchador, tan decidido, tan dispuesto a conseguir las cosas a cualquier precio. Joe Byers es un triunfador que solamente tiene que despertar para comerse el mundo, y yo puedo verlo. Me siento tentada de alargar el brazo y rozarle la mejilla, pero contengo el impulso.

— No tienes ni idea de cómo soy, Alison.

Puede que tenga razón.

— Pero sé que lo que has escrito es un final cerrado, y el tuyo todavía está abierto — murmuro en voz baja — . Podría estar abriéndose ahora mismo, mientras hablamos... Joe... ¿Quién sabe? Quizás tu futuro sea mucho más prometedor de lo que imaginas. Puede que dentro de unos años seas el siguiente autor best-seller del New York Time o que corras una maratón. No lo sé. Solamente sé que... El Joe Byers que he conocido en tus páginas podía conseguir lo que se propusiera con abrir y cerrar los ojos.

Me he pasado. Soy consciente de ello, así que nada más soltar el discurso me arrepiento de todo lo que he dicho. Tiene que pensar que no estoy muy cuerda. Seguro.

Sus pupilas azules siguen clavadas en mí y yo me pregunto si podrá ver algo más allá de la oscuridad. ¿Podrá distinguir mi silueta? Joe se humedece los

labios, deslizando la lengua por ellos. Vuelvo a percatarme de lo atractivo que es. Mucho más de lo que imaginé al leer el libro y mucho más de lo que me pareció en la fotografías de su Facebook.

— Joe... — murmuro mientras una corriente de electricidad recorre mi cuerpo.

Estiro la mano y rozo su antebrazo desnudo con mis dedos. Él se tensa al instante, pero no se aparta. Y eso hace que yo me envalentone aún más. Bajo por su brazo, recorriéndolo con la yema de mi dedo índice hasta llegar a su mano para poder entrelazar mis dedos con los suyos.

— Joe... — repito con la voz cargada de sentimiento — . Sé que ese libro no ha llegado a mí por casualidad... Y sé que yo puedo ayudarte a reescribir ese final.

No lo he dicho por decir. Sé que yo puedo cambiar su vida... O, al menos, hacérsela ver de otra manera.

Él sigue sin decirme nada.

La tensión comienza a acumularse en el aire y mi corazón palpita tan rápido que tengo la sensación de que incluso él será capaz de escuchar sus latidos.

— Lárgate — ordena con la voz ronca después de casi un minuto, antes de darme la espalda para volver a su cama.

Me froto las manos con más fuerza.

— ¿No quieres que me quede un rato? He venido desde Alnmouth solamente para verte a ti.

— Pues ya has visto al mono de feria. Ahora puedes volver a tu casa.

Y aunque me gustaría explicarle que está muy equivocado con mis intenciones,

no lo hago. Conmocionada, me doy la vuelta y bajo las escaleras sin siquiera decirle adiós. En la planta baja la señora Byers se despide de mí con gesto serio, aunque aún parece sorprendida por mi visita. Y eso me hace preguntarme una cosa: ¿cuándo fue la última vez que alguien acudió a ver a Joe? ¿Hace cuánto que ninguno de sus amigos recuerda que él existe?

Me subo en el coche y, sin necesidad de activar el GPS, comienzo el trayecto de vuelta. Tampoco enciendo la radio. De camino a casa, pienso en todas esas chicas que decían ser mis amigas en la universidad y lo rápido que desaparecieron de mi vida cuando mi madre enfermó. No quiero comparar mi existencia con la de Joe, pero inconscientemente, lo hago. También pienso en papá y en esa maldita depresión que le ha carcomido las fuerzas estos últimos años. No sé si ha sido mi constante pelea con Marcy lo que le ha obligado a regresar a la realidad o si, simplemente, ha conseguido superar el duelo por sus propios medios. Lo que sí sé es que cuando ha decidido enfrentarse al mundo, nos ha encontrado ahí, en primera fila de batalla.

¿A quién tiene Joe Byers? ¿Quién le queda a su lado? Tiene a su madre, sí. Pero incluso la señora Byers parecía rendida.

Sé que está equivocado y que éste no es un final, pero en una cosa debo darle la razón: la vida no siempre tiene el final que uno espera.

CONTINUARÁ...

NOTA DEL AUTOR

Querido lector;

Antes de despedirme, quiero darte las gracias por haberle concedido una oportunidad a esta historia y, sobre todo, por habérmela concedido a mí.

Espero que, en un futuro, volvamos a caminar juntos entre letras y que nuestros caminos vuelvan a cruzarse.

Si te ha gustado la historia o si quieres hacerme llegar tu opinión, me encantará leerla en los comentarios de Amazon. Te agradeceré enormemente ese pequeño detalle de tu parte.

Atentamente,

Christian Martins.

SOBRE EL AUTOR

Christian Martins es un autor que nació hace más de treinta años y que lleva escribiendo otros tantos, a pesar de que hasta febrero del 2017 no se lanzó a publicar. Desde entonces, todas las obras de este prolífero escritor han estado en algún momento en el TOP de los más vendidos en su categoría.

¡Únete al fenómeno Martins y descubre el resto de sus novelas!

OTROS TÍTULOS DEL AUTOR

Todas las novelas de Christian Martins están disponibles en los mercados de Amazon, tanto en papel como en eBook.

Si quieres encontrar alguno de sus títulos, tan solo debes escribir su nombre en el buscador de Amazon.

Seré solo para ti
Solo tuya

Besos de carmín

Mi último recuerdo

Escribiéndole un verano a Sofia

Nosotras

Secretos 1, 2 y 3

Saga “Una noche”:
Una noche Dorada
Una noche Contigo
Una noche Nuestra
Una noche Perfecta

Una cosa de locos

Yo no soy tu vampiresa
Yo soy tu vampiresa

Nuestros días

La chica que se llamaba como un cometa

Un “te quiero” por Navidad

Mi protector
Su protegida

Ave Fénix

Donde nacen las estrellas

Una guerra del pasado

Olivia y su caos

Siempre Contigo

Un hombre de negocios

Isla de Plata

¡Lo que tú digas!
¡Cómo tú quieras!
¡A tus órdenes!

El rescate

El laberinto

Luna de gato

Magená
Denahi
Hinun

Ni una cita más

Yo en Roma, tú en Nueva York

La vida de Dani

El amor está en la toalla de al lado

¡Ni me toques!

Lo que no esperaba

El libro de Joe Byers

Próximamente: El corazón de Joe Byers